Año

CASIMODO

Primera decena de Septiembre de 1921

Molinos de Viento — por F. OLEA

Hacia la Mujer — por E. SAMOR VIGETTI

Moralidades Revolucionarias — por JULIO R. BARCOS

Inferioridad y libertad de la Mujer — por PORFIRIO ESTEVE

Carta abierta — por ALEJANDRO ALBA

Otros artículos importantes

Es Ud. escritor inédito?

¿Tiene usted algo que decirle a la humanidad? ¿Es usted autor de alguna poesia, epigrama, trabajo de carácter literario, sociológico, científico o filosófico? ¿Cultiva usted el género anecdótico, la fábula, el apólogo o la critica razonada?

Remitanos su trabajo, franqueado como original de imprenta y se lo publicaremos, pues las páginas de CUASIMODO están a disposición de todos los que piensen provechosamente y no hallen terreno propicio para esparcir el germen de su pensamiento.

De hecho, como se comprenderá, queda excluido todo lo que involucre insidias personales.

Recomendamos mucha concisión en los trabajos, a fin de dar cabida al mayor número de colaboraciones posible, como asimismo realzar la variedad.

Correspondencia, giros y valores
a EDUARDO RULLI
Calle Jujuy 307 :: Buenos Aires

Año II (2ª Epoca) Primera Decena de Setiembre de 1921 Nº 22

CUASIMODO

REVISTA DECENAL

Precio de suscripción: $ 3. semestre — Ejemplar: 20 centavos. — Atrasado 40 centavos
Exterior $ 450., semestre — Ejemplar: 0.30 centavos moneda argentina
Dirección y Administración: JUJUY 307

Molinos de Viento

(Para Julio R. Barcos, calumniado)

Camarada Barcos: siempre los bárbaros, los Sanchos, o como a usted le plazca que se llamen, andan a la busca de una circunstancia cualquiera para babear a gusto el camino por donde ha de pasar el individuo íntegro. Y claro que, con tal de babear mucho, poco les importa el kilometraje... Desde luego que a usted, a quien nunca le he conocido una defección, le importará un ardite todo el teje y maneje de los que, por cien motivos ocultos se empeñan en detractarlo; no obs ante, algo muy humano quizá le impela al combate. Allá Vd. En su caso, el silencio o la pelea propios de Quijotes son, y en el campo anarquista de aquí del pueblo no hay un Quijote ni para remedio; en cambio, Vd. que es profesor y sabe hacer cuentas, sume y verá a qué cantidad ascienden los Sanchos. Por eso...

En la eterna trashumancia de Quijotes de todas las épocas, los idealistas, los que no han menester de la consideración rotunda y apergaminada para presentarse de frente a la baraúnda de los estultos, frívolos y vocingleros, eternamente Sanchos y eternamente fariseos, los lindos Quijotes del ensueño siguen cabalgando sus magro rocinante y desafiando a los molinos de viento.

El ideal, que por el hecho de formar parte integrante del hombre y el hombre ser un átomo de la naturaleza, no puede estar supeditado ni sepultarse con las ruinas de la historia; el ideal, que es motivo de encanto y sacrificio; el ideal, que es para la existencia el alimento imprescindible, sigue su ascensión triunfante por escarpadas montañas, viaja a través de los océanos, atraviesa los caminos en cuyas encrucijadas lo acecha la farsa, y, elevándose siempre, siempre con la virtud prendida en cada ala, en un continuo incendio de sombras pasa y se agiganta, haciendo a un lado obstáculos y derribando, imperceptiblemente, con la fuerza del genio, la amalgama personificada de la tiranía y el servilismo.

No se repite, como en un pentagrama las notas musicales: su tono es múltiple, y a veces, cuando da la pauta de una sinfonía arrobadora, conquista el espíritu y lo balsamifica, separándolo de las urideces de la lucha; otras, rompe en una clarinada de somatén que aviva el sentimiento y tiene la virtud de recordar a la humanidad que el momentáneo descanso no da derecho a la inacción, como si dijéramos dormirse en los laureles; para vivir es necesario superarse, y la superación requiere el paso gigantesco: puños de acero, una voluntad firme como el granito y un cerebro iluminado allá arriba por el sol.

Por cada Quijote, hoy más que nunca, hay cien Sanchos de arrabal, cien Sanchos cuyo supremo deseo es la voluptuosidad del estómago, cuya aspiración exclusiva es el tanto por ciento truhanesco, incompatible con toda moral de superación.

Para unos, para los que piensan que éste es el mejor de los mundos posible, un soneto vale lo que un dolor de cabeza, un pensamiento menos que un kilogramo de patatas, y ésos—que al nacer la cuna les reservó ricos brocados, pero nada más... — no tienen otra misión sobre la tierra que la pretensión vana de entorpecer la marcha del ideal.

La pretensión tan sólo, porque la coerción de que suelen vanagloriarse con la grotesca alegría del pavo real, la coerción, digo, es la cruz del Gólgota: por cada una que se levanta, por cada mártir que en ellas deja su vida pródiga, se yergue una falange numerosa de soñadores y de filósofos que, desde el llano, con los puños alzados como clavas, constituyen legionarios espectros que terminan por aterrorizar al vandalaje.

Es la ley de la vida que se cumple fatalmente, sin remedio. Es la ley inexorable de la historia que por cada conquista del progreso, por cada idealista que pierde, siembra en el reguero de la sangre del mártir, la simiente de una nueva rebelión.

Y así van, locos de jocundas aspiraciones, los Quijotes, los buenos Quijotes de todos los tiempos, sin temor al martirio, despreciando a los Sanchos y fariseos, cada vez con más pujanza, cada vez cimentando la esperanza del progreso y de las concepciones sublimes, embriagados de cielo y de inmensidad, dejando en cada huella, hacia el porvenir, la marca indeleble de su andar fructífero, la frente altiva, firme el corazón, contra el mal, contra la prosa ambiente, incansables, enfrentando los molinos de viento...

F. Olea.

Hacia la Mujer

ATENEO ALMAFUERTE

Colaboración para "Cuasimodo", por el interés tomado al tratar estos problemas

Vistas las discusiones suscitadas a raíz de las diferentes encuestas abiertas para cambiar opiniones respecto a la educación de la mujer, el Ateneo Almafuerte ha designado a dos de sus miembros, uno de los cuales es el suscripto, para que formulen en un artículo alusivo, la opinión general del Ateneo.

"HACIA LA MUJER"

Al preocuparse de la orientación que se dará a la elevación moral de la mujer, nadie se da cuenta precisa, nadie imagina, en los alcances de nadie, y, permítaseme ser tan generalizador, en los alcances, repito, de nadie está la medida total del grandioso, del enorme, del trascendental paso que se da en la moralización colectiva. Al preocuparse de la reforma espiritual de la mujer, nadie puede disociar la idea de colocarla frente a los problemas cuya solución se hallan en las fuerzas que dirigen los movientos de las masas, y que entre nosotros, como entre todos, no sé si por el poderoso instinto de penetración característico de nuestra raza, que supuso tuviera algún tamaño, aunque mediano; no sé si por el inconmensurable ardor por civilizarnos, que tanto hemos desarrollado, y que entre nosotros, insisto, se encuentran esas fuerzas en mano de esa vieja arpía y proxeneta, de esa vieja inmunda, disecada, intrigante, que ni el ilimitado genio de Shakespeare sabría describir; comadre de patio, que maquina, alcahueteando, por la destrucción de las honras en los ideales, en las esperanzas, en las verdades; amarilla visión de odio y miseria que se llama la política. La política, que, pese a Aristóteles, nunca será buena, porque se incomodara en una vieja, y toda vieja es incorregible, es la obsesión nuestra, es la espada de Damocles que gravita amenazadora sobre la cabeza de los pueblos, y está sostenida por las telas de las arañas tejedoras de los comités, que desafían, como Aracné a Minerva, ayer, a todo lo cierto y a todo lo bello hoy. La política, de la que yo, si sobre su cabeza descargara Himalayas de satánicas injurias, a torrentes, no alcanzaría a rociar sus cabellos enmarañados, sierpes de Medusa, ni lo alcanzarían, si lo hicieran todos los hombres del orbe, que oyeron pronunciar ese nombre de carroña e infección. La política, ¡alármense los que esto lean! quiere acercarse a la mujer, pretendiendo que con ello contribuirá a una igualación de derechos, que sólo debe buscarse en la posesión de conciencias!

Sostener la política, aún la sana, es establecer divisiones de morales inmorales. En la entrega a cada hombre de una conciencia plena, está la verdadera construcción de colectividades libres e impolíticas.

¿No es suficiente la prueba palmaria y contundente del estrago que ha causado esa peste entre el medio masculino? Hago esta distinción por no decir: entre los hombres, respetando el uso del vocablo, que se hace extensivo a los sexos, y por no traer innovaciones.

Y, ¿cómo es dado imaginar con las íntimas facultades de imaginación que poseemos, la infinita hecatombe moral que sufriríamos al poner la mujer en contacto con lo que no he querido nombrar?

¡Oh poetas! ¡Oh expendedores de cajitas de sílabas taradas! ¡osotros qué tanto mal hicísteis con vuestras ternezas, que hoy estáis desapareciendo por la guerra higiénica que se os ha hecho, venid, multiplicaos, cantad de nuevo a la mujer; es preferible vuestra plaga, y que ellas crean ciertas, vuestras ultraterrenas alabanzas, a que se mezclen en ese arroyo que ahoga a los hombres con sus aguas de albañal, en que han querido bañarse sin antes haber aprendido a nadar!

Haciendo a un lado el motivo principal que dió génesis al movimiento que se da en llamar feminista, abreviamos caminos, y podemos llegar a la finalidad de integralizar a la mujer; para lo que se ha menester idéntico proceder que el necesario para el hombre, pero diferenciando en el medio de actuación, porque, dígase lo que se quiera, nunca equipararemos al hombre, la mujer, no en lo moral, se entiende, por la única razón que mantiene en cada uno, órganos especiales para la consecución del fin que los pone en contacto. Concretemos. Ella multiplica. El suma. Ella perpetúa lo que él crea. ¿No se admite? Tengamos paciencia, la Naturaleza lo quiso, e inútil será que nos federemos para protestarlo.

Sin tomar en cuenta el primer papel que se le quiso dar a la mujer, en la política, hanse iniciado encuestas y abierto discusiones, para llegar a un acuerdo por el que se colocarán las filas de mujeres, que marcharían al desempeño de su nueva misión. Los hay y las hay que abogan por la concesión del voto a la mujer. Los hay y las hay que creen, en cambio, que deben influir con las fuerzas de que su cariño dispone en las opiniones del padre, del hermano, del novio, del esposo. Yo creo también, que, en cada caso, ponga lo que esté de su parte para convencer a cada uno, pero que debe retirarse de esa lucha deshonrosa, y tratar, con amor, de propender a la personalidad interior en cada hombre que case bajo el radio de su acción.

Pero antes necesitamos mujeres que procedan así. Para obtenerlas, a mi ver, hay que comenzar por los centros de estudio.

Con la Reforma Universitaria que avanza, se pone el pie en el primer peldaño de la escala.

Que se apaguen las iridiscencias mágicas del título. Que enseñen madres y no damas. Maestras y no profesoras. Que esas enseñanzas se desarrollen no en claustros ni en salones norteamericanos, fríos, rectos y silenciosos; sino en jardines floridos y bulliciosos por el canto de las aves. Que se reciban en salas donde haya flores que rivalicen con cada otro tiesto de flores, donde se cosa sentadas al lado de "Pietá", de Miguel Angel, que las aconseje. Donde aprendan artes domésticas en un salón presidido por "La Madre", de Andrea Solario. Donde socializada al salir a la calle, no se vea las dificultades de las pretendidas clases sociales, quitado el delantal que iguala adentro. Donde a las niñas se las diga del poder que tienen sobre sus novios, del que hoy hacen maniquíes; que los exijan ideales de juventud, y no la obsesión del Registro Civil. Donde se las haga tomar horror al afán desmedido por el lujo, que hoy no es patrimonio del heredero, que hoy carcome furioso el corazón de las muchachitas del pueblo; donde se las diga de los que influencia él, en el esposo, en las familias, en la sociedad, en los pueblos, en el mundo... Que se las enseñe una sola cosa: que acerquen a su corazón un muchacho de ideas e ideales, que no fosilizan sus cerebros en los archivos polilleros e infecciosos. Que saben del amor como saben de lo que deben a los que le cercan. Uno que será padre que trabaje por la elevación de sus hijos y de los de todos; por la elevación moral, por la integralización de los individuos.

No se piense en el sufragio, que con él se quiere entusiasmar a la masa de las mujeres, que serían acaudilladas por los intrigante de nuestra ridícula aristocracia.

No pensemos más en él. Imaginemos en último cuadro: entrar en la forma que a los hombres, la política a las mujeres. Ellos llevaron con ella miserias. Ellas aportarían degradación, o peor, depravación. Mirad esas mujercitas ingenuas del pueblo, que sólo saben del dolor de su espina dorsal, encorvada por horas, noches y días, años, sobre la máquina que reumatiza sus pies; mirad esas que son maltratadas donde prestan sus servicios domésticos, por otras mujeres que olvidan son del mismo molde "estatuario del amor"; dejarían su hogar, olvidarían sus hijos, perderían el amor, se iría el canto, ¡adiós poesía!... y he aquí el largo desfile de tétrica caravana femenina... al resumidero... al prostíbulo... al crimen...

Aconsejo, y esta vez soy retrógrado, que se estudie en cambio de Campoamor y Azorín, en las escuelas nacionales, una sola obra, que se analice "Fecundidad" del gran maestro. Que se pida por cada mujer una Mariana, y un Mateo por cada hombre.

No se busque la libertad económica de la mujer; como si no fueran de por sí malas las divisiones sociales para buscar la división de sexos. Es imposible. Los dos se complementan, y no pueden marchar separados.

Que se dé conciencia de su responsabilidad a los hombres. Que las mujeres no se ocupen más que de perfeccionar su amor, matando las pasiones, los instintos, que las coloca en "las eternas sensuales secundarias".

Pulido ese amor, haciéndolo franco, será leal, y no tendrá que temer al porvenir, cuando hizo su elección libre de prejuicios, de convenciones, y de pasiones, que en nuestra mujer no abundan sino desbordan. Si en vez de un "caballero" toma una conciencia íntegra, ¡oh! con creces pagaría sus dolores de maternidad!...

Se dirá que indico el remedio para las niñas y dejo de lado las mujeres hechas. No. No me he olvidado. Estamos obligados a ocuparnos de la juventud, que en nada debe permitir "el pasado maestro del presente", y que no remediaremos el entuerto sabiendo sólo una cosa, ¡que hay madres que quieren matar en sus hijos el espíritu de evolución, privarlos de ideales!.. es decir, matar la juventud, arrancar la flor, maldecir la primavera, derramar el champagne de la vida y el entusiasmo...

E. Samor Vigetti.

La Plata, Mayo 30 de 1921.

Moralidades Revolucionarias

No hay oficio más envidiable que el de ser un militante de las ideas revolucionarias.

Ponerse abiertamente en contra del burgués e incondicionalmente a favor del proletariado; del burgués que nos tiene cogidos del estómago a todos los miserables y que puede dispensarnos los cómodos, placenteros medios del vivir o condenarnos a la más dolorosa inopia, y del proletario que nada puede darnos porque nada posee fuera de su miseria, su harapo, su mugre y su desgracia. Renunciar como Cristo a todos los bienes materiales de la vida y cargar a cuestas la noble cruz del ideal como quien se decide a cargar con todas las deudas de la humanidad para redimir, en nombre de una doctrina altísima del Amor con jirones de su carne desgarrada en los puntudos peñascos del camino, a los galeotes del trabajo convertido en maldición por el sistema capitalista. Ser materialmente un pigmeo frente al enemigo todopoderoso y sentirse moralmente un Prometeo libertador; recibir todos los días la bofetada en pleno rostro y contestarla con el verbo detonante de la santa cólera del derecho escarnecido; oponer la fuerza moral de la idea a la injuria material del látigo, la luz de la razón a la ciega brutalidad del palo; vivir siempre a salto de mata, condenar al hambre, la angustia y el sobresalto continuos a los seres ingenuos y queridos que forman la nidada de nuestros amores familiares; soportar destierros, cárceles y persecuciones a cambio del lírico placer de ir sembrando simientes de libertad y justicia, de amor y esperanza en el alma de los esclavos para el gran día de las grandes insurrecciones... ¿no es verdad que todo eso es muy divertido, muy proficuo en ganancias monetarias, muy productivo en mundanas alegrías... muy digno de ser envidiado por aquellos que como el filisteo no saben lo que es dar puntada sin nudo ni hacer nada en la vida sin preguntarse sabiamente: "qué voy ganando yo con esto?

Y con todo eso, preguntar a cada uno de estos Dartagnanes de la idea si desearía cambiarse por el rey burgués, dueño de la vida, amo y señor del mundo porque lleva en su diestra el cetro omnipotente del oro. Salvo contadas excepciones de corazones flacos para el combate o de almas fatigadas por las durezas de la lucha, os dirán con la dignidad de un César ofendido, desdeñosamente, que no.

El que lleva una Dulcínea en el alma... está siempre dispuesto a morir por ella. El que se ha dejado fascinar por la divina canción de esa sirena del espíritu que se llama el ideal... avanzará siempre hacia adelante, empujado por la propia excelsitud de su corazón, aun a trueque de ver zozobrar sus naves como Ulises, el esforzado héroe de Homero.

Así es también el revolucionario de alma cuando proviene de la buena cepa del idealismo auténtico.

¿Qué se le aplaude, se le agasaje y se le ciñe la frente de laureles?... Bueno.

Qué se le difama, se le injuria, se le apedrea y se le crucifica?... Es igual.

Preguntadle a la serpiente por qué muerde e instila su veneno y luego al sándalo por qué perfuma el hacha que lo hiere.

Porque está en mi naturaleza el ser así — os responderán.

Lo mismo pasa con la naturaleza moral de los hombres. A unos los enceguece la ponzoña del odio y a otros los afina espiritualmente el sentimiento del amor.

En el campo revolucionario en que me toca actuar nos encontramos a menudo con estos dos tipos morales realmente antagónicos en psicología, en cultura mental y en modos de conducirse con el prójimo.

A nadie debe extrañar, por consiguiente, esa especie de canibalismo que sale vociferando el escándalo desde las filas revolucionarias para hacerle pública competencia al canibalismo que estilan entre sí los partidos políticos burgueses.

Los hombres se exteriorizan según su cultura mental, es decir, según la riqueza o la pobreza de su espíritu. En nuestras filas pasa lo que en las filas conservadoras. Hay adalides gloriosos, portaestandartes inconfundibles del pensamiento libertario, cuyos nombres brillan como astros de primera magnitud en la constelación de genios que honran a la humanidad, tales como Tolstoy, Reclús, Kropotkine, Gorki, Zola, Shaw, France, coronados en la acción por héroes como Lenín y Trotzky. Pero a la par de estos gigantes del ideal, hay, naturalmente, muchos héroes enanos, muchas

mentes obtusas, muchos monjes cartujos con su catecismo puritanista, que al fanatizarse por la doctrina como los santos de la vieja teología cristiana, se han erigido en modernos inquisidores de la conciencia de sus propios compañeros, lanzando su anatema y su excomunión contra todo el que incurre en pecado de herejía; o sea contra todo el que no piensa con ellos.

Tremenda es la lid que nos toca librar con las fuerzas aliadas del capitalismo y el Estado. Pero más terrible y desesperante es la que nos toca librar con la infinita estupidez y la morbosa irascibilidad de ciertos titulados camaradas en cuyo cerebro angosto toda idea se petrifica y cuyo hígado enfermo todo lo amarga y todo lo envenena de rencores, celos, envidias y desconfianzas miserables.

Yo que me siento revolucionario, no para satisfacer ni enfurecer a nadie, sino porque me brota como el aliento este inmenso e incurable amor de la libertad y la justicia, no puedo sentirme moralmente vinculado en forma alguna a tales elementos y por eso, desde que llegué a Buenos Aires y pude darme cuenta del infierno de rencillas, chismes, odios y calumnias que ciertos energúmenos rojos habían creado en el seno de la masa, me apresuré a declarar desde esta misma revista que no me creía unido por ningún parentesco espiritual a tales gentes. Antes de escribirlo, lo había dicho ya desde la tribuna a raíz de las palabras sentenciosas con que un seminarista del anarquismo petrificado me advertía del peligro de hablar con sincera claridad de la empañable grandeza de la Revolución Rusa.

Es claro que no importándome la opinión de tales elementos más de lo que podría importarme la opinión de la burguesía... maldito lo que podrá interesarme ahora la "excomunión" y el "detectivismo" con que pretenden amenguar mi reputación ante la clase trabajadora.

Yo no tengo otro contacto con el proletariado que cuando voy a llevarle la luz de mi pensamiento. Siempre le di y le daré los mejores frutos de mi inteligencia sin pedirle nada por ello. Soy revolucionario porque he puesto mi amor en la humanidad y mi odio en las cosas, al revés de mis detractores que son "idólatras", esto es, que ponen su odio en los hombres y su fanática adoración en las ideas abstractas, a condición de que como la santísima Virgen María sean siempre vírgenes, en el parto, antes del parto y después del parto.

Por desgracia para el proletariado y por fortuna para el capitalismo, esta misma discordancia de criterio ha producido la división, el confusionismo y el caos en la masa obrera sindicalista revolucionaria, postergando el día de la victoria para la emancipación de los trabajadores.

La piedra que manos fanáticas e inconscientes arrojaron a mi tejado... no es a mí a quien hiere, sino que hiere de rebote a la causa de la unidad obrera en el país.

Por eso únicamente es deplorable.

Julio R. Barcos.

Inferioridad y libertad de la Mujer

Hombres hay que afirman rotundamente que la mujer es inferior a ellos, y que por eso tienen derecho a someterla e imponerle su voluntad. Para mí semejantes afirmaciones carecen en absoluto de toda lógica razonable. Creo que la mujer no es inferior en nada al hombre ante las leyes de Madre Natura, y que éste es el que la ha hecho o la quiere hacer inferior a él; ¡vano empeño!

La mujer será inferior al hombre en algunas manifestaciones de la vida, pero en otras es superior, mal que les pese a esos sapientísimos y superhombres.

Si la mujer es físicamente o no inferior al hombre, si tiene más o menos fuerza, menos o más inteligencia, eso no lo discuto ni me interesa tal superioridad o inferioridad. Tampoco voy a deslindar si tiene mejores o peores sentimientos, y en este punto solamente me concreto a decir que si hay mujeres "perversas" no es menos cierto que hay hombres "indignos" hasta del desprecio de los buenos... ¿Quién se atreverá a decir lo contrario? Pues si físicamente, por regla general, el hombre es superior a la mujer, tierna y cariñosamente, ésta es superior a él. ¿Qué no? veamos: para asistir a los enfermos, acariciar a los niños, para alegrar a los hombres cuando están de mal humor, no hay ternura como el alma de una mujer, ni suavidad tan delicada como la de sus tiernas manos. Aun más, la amabilidad de una mujer, su sonrisa de rosa, sus ademanes graciosos, sus tiernas y amorosas manifestaciones, ¿cuál es el hombre que no se rinde ante todas estas beldades en ella manifestadas? ¿No es acaso ésta una superioridad que ella ejerce sobre el hombre, llegando hasta atarlo de pies y manos con sus ternezas? ¿No es aquí ella superior al hombre? ¡Confesemos que sí!

Si el hombre tiene más fuerza, la mujer tiene más ternura. Yo no concibo superioridad de uno sobre la otra, pero sí igualdad para los dos.

El hombre y la mujer son dos "factores" que, sin reciprocidad, la existencia del ser humano no sería posible. ¿En qué es aquí la mujer inferior? Los hombres que hacen de la mujer una "cosa" transitoria, con su espíritu arcaico y negador de lo más grande y sublime, tienen la palabra.

No es necesario ser un filósofo a lo Schopenhauer ni un literato al lo Vargas Vila para

comprender que la mujer tiene los mismos derechos y deberes que el hombre ante la ley de la Naturaleza: ellos con ser ricos en inteligencia, le negaron esos derechos y deberes; yo con la mía pobre, como lo es, se los afirmo...

En el vientre de la mujer se fecundiza la humanidad; en ella evoluciona, de ella nace y con el licor de sus senos se alimenta, y si la mujer quisiera, la humanidad se desvanecería. ¿Sóis vosotros ¡oh, grandes hombres! capaces de hacer eso? ¿No veis aquí que ella también es superior a vosotros?

No quiero la igualdad de la mujer al hombre en fuerza, en inteligencia, sino en los derechos y deberes que tienen ante Madre Natura. La fuerza bruta del hombre dirá: mujer, tú ante mí, eres inferior y por eso te someto a mi poder y tienes que obedecerme; pero la razón se levanta y grita: ¡mentira! no es inferior ni superior, es igual y por eso no se debe someter ante tí, ni obedecerte por capricho tuyo... El hombre no tiene razón ni derecho, ni como marido, ni como m... a someter a la mitad de su ser; a sus caprichos, coartándole su libertad, haciendo de ella una esclava por cuanto que si él se une a ella, es porque tiene esa ineludible necesidad.

Pues, desde que se unen para los buenos fines humanos, desde ese momento, repito, tienen las mismas obligaciones uno para con otro; y si tienen las mismas obligaciones, ¿no tienen por igual los mismos derechos y deberes? ¿No deben en eso ser iguales? Sí, y el que diga lo contrario, yo le contesto que es un b... cargado de oro.

¡Oh, hombres de criterio chato, que como cotorras gritáis y blasfemáis contra la que juzgáis inferior; si ella se levanta y os grita en las narices, digo en los oídos y os dice:—¡Hombres, yo como mujer, tengo derecho a la vida lo mismo que tú; y comprendo que tengo el mismo derecho a la libertad lo mismo que tú, ya que tú sin mí no serás nada, como yo sin tí nada sería! ¿Qué contestarían a esas manifestaciones esos "grandes" hombres de criterio chato, espíritu arcaico y negador, con toda su "sublimidad" hipócrita, encastillada en los castillos de la falsedad?

¡Oh "grandes" hombres! no olvidéis "que si el hombre es el rey de los seres animados, la mujer es su amable reina". ¡Oh "grandes" hombres! comprended que si hoy domináis con vuestras teorías falsas y con la fuerza bruta, a la mujer, no haréis nada más que lo que hace el viento: éste pasa, y las ramas quedan en su puesto de combate, firmes, sin moverse del lugar que, por lógica razonable, le corresponde.

He ahí por qué no hay una razón sólida que justifique la inferioridad de la mujer respecto al hombre, ni que éste le impida que disfrute de su completa libertad.

Porfirio Esteve.

CARTA ABIERTA

Compañero Director de CUASIMODO:

Ruégole la publicación de las siguientes líneas tendientes a aclarar una situación personal.

Gentes cuya única misión en la vida consiste en despellejar reputaciones ajenas, por cierto bien cimentadas, crearon y han hecho rodar la especie de que yo soy político, o agente político, o algo parecido.

Como tengo muchos amigos por el mundo, con los cuales no mantengo correspondencia en razón de su mismo número, y a los cuales pudiera llegarles el eco de la especie calumniosa, debo declarar para satisfacción de los mismos lo siguiente:

Que sigo siendo el "antipolítico" de siempre y que mi condición de trabajador asalariado sirve para disipar cualquier duda relativa a la suposición de que yo soy un instrumento político. Ser instrumento político implica ejercer una profesión extraña a mi condición de obrero, y sólo los que no trabajan en oficio conocido, o que de la vagancia han hecho una profesión, pueden estar al servicio de intereses que yo siempre he repudiado.

Y es extraña la conducta de esa gente hacia quien, como yo, está de ella desvinculada por divergencias de doctrina, de procedimientos y de moral; desvinculación que hace innócua toda calumnia tendiente a desprestigiarme, ya que mi misma situación habilita a mis calumniadores para la realización de cualquier negocio sin temor a severas fiscalizaciones de mi parte y que pudieran serles perjudiciales.

Agradecido por la publicación, saluda cordialmente al compañero director,

Alejandro Alba.

¡LOS ACUSADORES AL FRENTE!

Al Consejo Federal de la F. O. R. A. Comunista

En el diario "Tribuna Obrera", del 24 del pasado, hemos leído una resolución tomada en la reunión que se celebró el día 20 del presente mes y ejecutada por ese Consejo Federal. Según la información que nos ocupa, se resolvió "descalificarnos" ante el proletariado regional, en mérito a una "documentación" que obra en poder del citado Consejo y que nos acredita de "Agentes políticos introducidos en la organización obrera, obrando bajo la inspiración de elementos extraños y enemigos de la F. O. R. A. Comunista y de sus principios".

De ser veraces los cargos, serían graves. Por lo mismo no deberá sorprender a ese Consejo que nosotros los imputados nos sintamos interesados por el "descubrimiento" y deesemos vivamente convencernos, por esta vez al menos, que no se tra-

ta de un efectismo burdo e interesado cuyo similar no podría ser otro, en los fastos de la casera historia que aquel famoso y simulado remate de "La Protesta", que tanta emoción y pesos costó a la colectividad. Y decimos esto porque en ambos asuntos se descubre la misma mano. Por esta razón — como medida previa, y garantía a la vez, para las ulterioridades del asunto — exigimos a los acusadores se responsabilicen con sus firmas de la descalificación que en el citado diario se nos atribuye. La seriedad del caso así lo exige. El número, lo muy conocidos que resultamos los descalificados, la trascendencia misma de dicha resolución, no admite sea rubricada así, tan sencillamente: "El Consejo Federal". Esta firma no vale para estos casos. Puede servir para impresionar a las masas gremiales, pero es de un valor nulo tratándose de acusaciones de la naturaleza de las que aquí se trata. Se impone la responsabilidad de los acusadores. De otro modo podría acontecer que llegado el caso el Consejo apareciera acéfalo y los "descalificadores" resultaran merecidamente "calificados".

Tenemos responsabilidad y la plena conciencia de haber actuado con honestidad en todos nuestros actos. Ningún Tribunal nos empavorece. Máxime en el presente caso, cuando uno de los afectados invitó al Consejo Federal reunido, para que a su vez invitara a los "descalificados" a la reunión de delegados que se celebrara el 20 del corriente. El Consejo tuvo la "prudencia" de no acceder a este pedido.

Para no perder tiempo en tontas y estériles polémicas, exigimos "responsabilidad personal" acreditada con sus firmas a esos jueces hasta ahora ocultos en el anónimo.

¡Los acusadores al frente!

Si así no procediera ese Consejo, anticipamos que haremos caso omiso de actitudes teatrales y noticias-bomba, cuyos móviles reales no son otros que oponer obstáculos a la unificación del proletariado regional. Móviles que se traslucen fácilmente dada la extraordinaria coincidencia de ser ese Consejo obstinadamente opositor a la unificación y nosotros, los "descalificados", componentes del grupo que editará el diario "El Trabajo", cuya orientación será unificadora, fervientes partidarios de la unidad. Mucho tememos que el misterioso y detectivesco "affaire"... resulte a las largas un pobre y ridículo parto de los montes.

Quedan notificados nuestros acusadores.

Julio R. Barcos, Sebastián Ferrer, Jesús M. Suárez, Enrique García Thómas (Alcaidía 3ª.), Antonio A. Goncalvez.

Buenos Aires, Agosto 30 de 1921.

LA EXCOMUNION ROJA

El papado rojo, más conocido por Consejo Federal inepto, sin personalidad propia, que obedece siempre a intereses ajenos y que hace de nuestra central comunista una sucursal y apéndice de una imprenta que en cierta época perteneció a la colectividad, pero que hoy es propiedad de quien no tiene escrúpulo de haberse trabajado a espaldas de un alto ideal, una herencia para su familia y un "modus-vivendi" para él, ha excomulgado, sonora, despampanante y ridículamente a siete conocidos y honestos militantes comunistas anárquicos. ¡Sálvenos Dios! En este tren tendremos, dentro de poco, que peregrinar hacia el vaticano a besarle periódicamente el anillo a nuestros rojos Benedictos.

Nadie que posea sentido común, que no esté poseído por la pasión u obedezca a mezquinos intereses, puede tener en cuenta tales ridiculeces. Nosotros nos explicamos fácilmente el misterio del conandoilesco "affaire".

Los acusadores son conocidísimos por su actuación divisionista. Tan enemigos de la unidad proletaria son, que no han tenido escrúpulos en violar los más fundamentales y serios acuerdos de tres importantísimos congresos obreros.

Los "excomulgados", por el contrario, son defensores incondicionales de la unificación proletaria y los acompaña la razón y las simpatías de los obreros organizados. Los primeros sólo han podido combatir con la intriga, la calumnia y las más bajas y canallescas acciones; mientras que los segundos han salido a la lid de conceptos, semblando lógica y verdades por doquiera.

Por otra parte, los "excomulgados", pertenecen al comité editor de un gran diario obrero de reciente aparición: "El Trabajo". Y es seguro que la mano de siempre, haya obrado en defensa de los intereses comerciales de su pasquín y de su imprenta.

Para ello, se escudó en su agencia desde hace muchos años, exceptuando aquél en que algunos de los "excomulgados" la orientaban: nuestra F. O. R. A. Comunista ¡que se va marchitando!

La situación en que están colocados los rojos sacerdotes de "La excomunión", nos obliga a declarar que el proletariado no servirá a los manejos de sujetos sin escrúpulos ni decencia.

Antes de terminar este suelto, queremos hacer notar un hecho significativo: que recién hoy hemos podido saber que un "agente político" esté detenido por anarquista peligroso y se ensañan sobre él las autoridades. Tal le pasa al compañero García Thomas, preso desde hace tres meses.

Todos son misterios... en los manejos de nuestro enérgico... papado.

No obstante, el ridículo existe. La calumnia y la infamia brillan demasiado, para no llamar la atención aun al más incauto.

A pesar de todo lo que se lance contra los que se han entregado a la revolución y a la unidad obrera, la unidad se hará.

MATRIMONIOS

Estaban frente a frente, recostados en sendas butacas, al pie del balcón medio entornado.

Caía la tarde con serenidad augusta. La habitación iba llenándose de sombras y el silencio de los dos cónyuges se hacían más hostil a medida que las sombras avanzaban.

Imponíase una explicación.

—¿De manera — dijo él — que yo soy uno de tantos?

Ella calló.

—Contesta.

Ella permaneció callada, con el mismo silencio inquietante de las sombras que la envolvían.

De pronto se irguió en una aranque de soberbia.

—Sí...

Recorrió la habitación, pisoteando el suelo, como si quisiera aplastar algo contra él.

—Sí... — volvió a decir. — Eres uno de tantos. Nada más que uno de tantos.

Y cerrando el balcón tornó a sentarse en la butaca, serena, decidida, como aguardando la respuesta del esposo.

—Pero... tú estás loca, hija mía, irremisiblemente loca — exclamó él.

Ella soltó una carcajada y cambió de postura. En la sombra, el marido sólo veía la fosforescencia de sus ojos, aquella extraña fosforescencia que le hacía temblar.

Así estuvieron un rato, esperando ella, esperando también él.

Por fin, él se decidió; arrastró su butaca hasta unirla a la de su esposa; agarró a ésta por las muñecas y exclamó:

—Yo soy tu marido ¿sabes? Tu marido.

Ella volvió a reirse, con risa nerviosa que explotó en el silencio como una protesta.

—¿Y qué?

La indignación del hombre llegó a su grado máximo.

—¿Y qué? Que soy tu amo; entiéndelo bien, ¡tu amo! Que tú eres mía, sólo mía, y que no puedes entregarte a otro. Lo que vienes haciendo desde que nos casamos te cubriría la cara de vergüenza si fueras una mujer honrada.

Ella respondió tranquila:

—No lo soy.

—¿No lo eres?

—No lo soy.

Y luego, con ira, repuso:

—Tú tienes la culpa.

Se levantó, sentándose inmediatamente.

Estaba furiosa como una gata encerrada.

—Tú tienes la culpa. Yo no te quería a tí. Quería a otro que no era rico, y creo que si fuera rico no lo querría tanto. Lo quería tal como era, pobre y defectuoso. Tal vez lo quería por defectuoso y por pobre, que el amor se siente y no se razona. Mi cuerpo y mi alma le hubiera dado al comprender que esto pudiera alegrar un solo instante de su vida. Mi cuerpo, limpio de todo amor carnal. Mi alma, que ningún deseo había maculado.

Tú me compraste, halagando, con tus riquezas, el egoísmo de los que mandaban en mí. Nos casamos. La primera noche gocé contigo la satisfacción de todos mis anhelos. Pero yo no te veía a tí en aquellos instantes. Lo veía a él. Su recuerdo era lo que espiritualizaba el placer carnal que yo sentía, impidiéndome desfallecer de náuseas entre tus brazos.

Después...

El acercó sus labios a los de ella, como si quisiera absorber sus palabras antes que las pronunciase.

—¿Después...?

—Después me diste asco, amigo mío, igual que antes, igual que ahora.

—¡Infame! — gritó él.

—Es inútil que grites. No me harán efecto las injurias que me puedas dirigir. Además, el momento no es a propósito para declamaciones teatrales. Y luego ¡te pones tan ridículo cuando te irritas!... Tu indignación es altamente cómica, amigo mío; es una indignación como la del asno apaleado.

El se apretaba los puños, iracundo.

Ella siguió:

—Me diste asco y sentí vergüenza de mi debilidad. Y ya que no podía unirme con mi hombre, entreguéme a todos los hombres que tuve a mi lado. Así conseguí dignificarme en cierto modo ante mí misma. El gozar libremente, aunque no fuese gozar verdadero amor, indemnizábame del gozar obligado contigo que se me había impuesto. He ahí la clave del enigma. ¿Te satisface?

El levantó un puño amenazante. En seguida se dejó caer sobre la butaca, oprimiendo la cabeza entre las manos.

—¡Mi nombre! — sollozaba. — ¡Mi nombre manchado así, por una mujer indigna!...

—¿Tu nombre? Pobre nombre el tuyo, cuya limpieza depende de mí. Todos sois iguales. Cifráis vuestra honradez en la honradez de vuestras mujeres. Bien se conoce que la honradez es una palabra hueca, hecha por vosotros a vuestro antojo.

Callaron.

De la calle subían murmullos alegres, que hacían pensar en una humanidad feliz. Y el murmullo de felicidad que emergía de la calle indignaba a quel hombre, incapaz de sentir más placer que el suyo.

Con voz ronca, murmuró de improviso:

—¡Pobre de mí!

Ella sonrió.

—¡Pobre de ti! Has bebido el placer de todaa las copas. Te has ido con todas las mujeres que te han gustado. Y me reprochas a mí por haber

hecho lo mismo con los hombres que más me placieron. Si no fueras un imbécil, te diría que eres un canalla.

Sonó el timbre de la habitación. Abrióse la puerta y apareció un lacayo:

—¡Señoritos!... El señor Fernández.

—¡Ah! ¿Está ahí Fernández? Que pase — dijo el marido.

Y encendió la luz.

—Conque solitos ¿eh? ¡Pero que deliciosa la vida de ustedes! — dijo Fernández cuando hubo entrado.

—No muy opulenta; pero por lo menos, no somos como esos matrimonios que se tiran a todas horas los trastos a la cabeza.

—Lo mismo digo yo — replicó Fernández, un burgués de redondeado abdomen.

Y para sus adentros:

—Si estos supieran...

Julio Camba.

DEL MOMENTO

La fisonomía moral del organismo obrero presenta en la actualidad un marcado tinte de incertidumbre, no obstante estar latente en la masa obrera un gran acopio de espiritual valor combativo, que sólo espera del cauce directriz donde volcar las fuerzas demoledoras que gestarán un nuevo sistema social, una nueva faz colectiva de producción y consumo.

¿A qué se debe esta incertidumbre? ¿Qué factor deprimente hace que aborte la organización obrera el fruto que debiera llegar a su desarrollo pleno?

No son las pseudopatriotas organizaciones las que atemorizan con el huero vocinglar de sus cajas de cartón.

España, Italia, nos presentan claramente que la violencia de esas organizaciones encuentra su acción contrarrestada por los núcleos combativos de las organizaciones obreras, internacionales.

Tampoco es factor de incertidumbre las llamadas Asociaciones del Trabajo, puesto que los gremios afines contrarrestran, con más o menos positivas ventajas, el ataque colectivo del capital organizado.

Tampoco es la Justicia que ampara y defiende la explotación, quien interviene como factor de incertidumbre, pues los idealistas se hacen escuchar desde fuera, como desde dentro de las rejas carcelarias.

¿Cuál es, pues, el factor que siembra la incertidumbre en la organización obrera?

Doloroso es confesarlo, pero ese factor corrosivo, que disgrega nuestras fuerzas, que nos divide, aisla y debilita, es el prurito ostentativo del personalismo que gesta rencores y pasiones punibles y vergonzosas; que al dividir, aislar y debilitar a la falange trabajadora, conscientes o inconscientes, pero enemigos por el resultado negativo de nuestra labor que aprovecha solamente al mundo que deseamos transformar.

Hora es ya de que nos demos cuenta una vez por todas, de que es imprescindible cambiar de táctica, hacer obra positiva, o de lo contrario anularse para bien de la total unificación del proletariado de la región, al cual hay que capacitar gremial e ideológicamente, porque tiene ante sí un trascendental problema a resolver, y este problema es el de ser campo de experimentación de una nueva forma colectiva de producción y consumo.

Grave problema experimental, al cual hay que aliviar en lo posible de mucha hojarasca literario-doctrinaria con la que se hallan revestidos pseudo-idealistas, valores éstos que bien pueden excluirse "momentáneamente, porque el momento social, materialmente económico, así lo requiere.

Así como en el campo científico se adelanta paso tras paso, en el social, indudiblemente, marchamos, paso a paso, sin sernos factible arrollar a la evolución humana. Pensar otra cosa, es propio de obcecados o de fanáticos.

Lo urgente del momento es la organización, y ésta deberá ser lo más compacta y disciplinada posible, y entendemos por disciplinada, a la masa consciente de lo que reclama y persigue.

Para este objeto hay que unificar al proletariado, conglomerarlo en el bloc fuerte y capaz de transformar el actual sistema social por el comunismo que beneficiará en el presente a la organización obrera y en el porvenir, a toda la humanidad.

Henry Silva.

Harapos

Abusamos de esta palabra, como de todas. Sin embargo, ninguna merece más respeto. El harapiento, el verdadero harapiento, tiene cierto derecho a no ser confundido con miserables de ninguna otra clase.

El harapo es la enseña de la miseria legítima. Cuando uno se decida a ostentarlos, es porque todo recurso físico y moral ha terminado. He podido observar en países de diversas razas y lenguas, que antes del mal parecer, las gentes prefieren sufrir toda estrechez y privaciones en el hogar, inclusa el hambre. Hay muchas, pero muchas gentes

que preferirían comer a media ración y no salir a la calle sucias y rotas.

El vestido sucio deprime; el vestido roto. desmoraliza. El vestido sucio y roto, aniquila. Cuando la rotura llega a ser harapo, no hay limpieza posible: falta la manera de efectuarla, y sobre todo, falta la voluntad.

El que viste harapos "ya no sabe querer". Hará lo que otros quieran por él: comerá, beberá y vestirá lo que otros dispongan. Robará, mentirá y servirá de rufián, tal como lo deseen los que le protegen. El harapiento "ya no es". Existe, pero no vive. Harapo significa "final".

De entre los niños de este pueblo, uno por cada diez llevan harapos. Verdaderos, legítimos, tal como los lleva ese muchacho que acaba de pasar por aquí. Da risa y da lástima el verle, sobre todo hoy domingo, cuando el contraste con los niños decentes es mayor.

De qué manera se arregla él por las mañanas para vestirse, es un misterio digno de inquisición. Porque es todo un itinerario largo y complicado el que ha de recorrer para atinar, por fin, con el desgarrón que sirve de cuello a la camisa, muy fácil de confundir con los que sirven para meter los brazos, con el que encuadra el pecho, con los que festonan las costillas y con los que muestran los codos.

Los pantalones son un fleco y una criba; nada que no se mire, nada que no ande expuesto al cierzo y al sol.

¿Con qué objeto lleva ese muchacho semejantes colgajos ahora en días tan lluviosos, y con una temperatura de diez y ocho grados que la humedad vuelve intolerable? No pienso que sus pretensiones lleguen hasta defenderse del frío con tales vestidos. Y ¿quién sabe? Es tan poderosa la sugestión, que tal vez se imagine él, y lo sienta, que hace menos frío, así "cubierto".

Pero, seguramente,obra en primer lugar la decencia, el decoro. No se puede ir desnudo en un país civilizado; la policía está ahí para reprimir tal desorden, y las gentes correctas protestarían indignadas contra semejante violación de las costumbres. Así, pues, hay que vestirnos.

Y eso, no sin sacrificios; pues aunque los harapos se obstinen en una resistencia heroica, al fin llega un día en que se acaban, y hay que gastar para reponerlos.

Naturalmente, este muchacho no tiene padre, no ha conocido padre, pues nuestro Salvador, este país de que tan orgullosos nos mostramos, es un país en que más de la mitad de los niños no tienen padre.—(Padre, en este caso, no significa el macho que fecunda a la hembra).

Decía, pues, que este arrapiezo no tiene ni tuvo nunca padre, y que para que él ande así, gastando esos lujos, su madre tendrá que privarse de algunas cosas. Probablemente es ella de las que rara vez hacen dos comidas por día, y eso, como las hacen en este pueblo las gentes de su clase: café negro, extraído del que llaman "resaca", maloliente, mohoso, recogido del suelo a medio podrirse; carne los domingos, de la que no se pudo vender en toda la semana: es decir, carne, no, sino huesos pasados, pringosos de las moscas, excelsos para el caldo. Y luego, bledos, úculas raíces de quequeixque, verdolagas, hojas de tomate, guías de ayote, hijos de piña, jugo de naranjas agrias, mostazas, flor de izote, pitos, chipilines, y en fin, tortillas untadas con manteca de cerdo. Todo, como se ve, de los más nutritivo.

No se crea que ahí acaba el "menú": la civilización ha corrompido a esas gentes volviéndolas golosas y antojadizas. Así, cualquier día, por ejemplo cuando la feria de San Pedro, o la de San Miguel, o para la fiesta de los Arcos, se dan facha con un medio de papas, un tilhuacal y una semita de trigo. En tiempo de cortas, es un desastre: las "nanas", que se sacan hasta sus veinte reales en la semana — a más de los frijoles, la tortilla, y a veces la sal — sin más que trabajar diez horas por día, se vuelven insolentes para el derroche. Llevan el desorden hasta comprarse un rebozo de media seda, camisa con encajes, comerse su sarta de chorizos y tamalearse con tamales de chancho!

Eso, para ellas; pues en cuanto a los zánganos de sus hijos, no hay límite: les compran sombrero de a seis reales, camisa de céfiro, calzones de reforma, y un Mantilla nuevo, por si de repente les queda tiempo para ir a la escuela.

Ello es que las dichosas cortas son tiempos de perversidad en que todas las virtudes fracasan: las muchachas salen, seguro, con un hijo, y el padre, es decir, el que debía ser su padre, se bebe y se juega cuanto gana.

Por lo demás, hay aquí fincas admirables. Cafetales, cafetales sin término, cafetales desde la falda de la montaña hasta su cima. Lo que antes era detalle del paisaje, una milpa en rastrojo con su clámide de campanillas, un robledal solemne, un cañaveral que recreaba los ojos con sus verdores claros y el oído con la chirriante llamada del trapiche, la hortaliza, el frutal, el bosque, la maleza, todo es ahora cafetal. Se diría que el Universo entero se ha vuelto cafetales.

Sale oro de ahí. Mucho oro. Millares y millares de quintales, que retornan de Europa convertidos en cascadas de pesos.

Y eso, cada año.

Un diluvio de oro cada año, en el alegre y bullicioso tiempo de la cosecha y del beneficio, cuando los patrones llegan al campo, a darse algún descanso de su afanosa vida ciudadana.

Es entonces, en ese tiempo, cuando los harapos muchachos, las zánganas de sus nanas y los borrachos de sus tatas, cortan, acarrean, tienden y remueven el café; lo trillan, lo avientan, lo tamizan, lo pesan, lo ensacan, lo cosen y lo marcan, y lo acomodan, en fin, en las carretas que lo llevan al puerto.

Luego, vuelven a su vida de siempre... inmorales y astrosos.

Alberto Masferrer.

GUALEGUAYCHU

La ciudad entregada al reposo, hallábase silenciosa.

Contados transeuntes con apresurado taconear, interrumpían la monotonía de las calles, y uno que otro vehículo al cansino trotear de los caballos se esfumaba en la oscuridad.

De improviso, como merodeando junto a la casa del señor Pedernera, caracterizado vecino de la localidad y patriota reconocido, apareció un jinete montado sobre un sudoroso caballo, prueba evidente de que había realizado un largo viaje.

Después de cerciorarse de la casa buscada, el jinete apeóse cautelosamente a la puerta de calle, abriéndose ésta como por mágico conjuro al llamado del extraño visitante.

El caballo, en tanto, tasqueaba el freno, haciendo sonar la coscoja.

Frente al dueño de la casa, el nocturno visitante extrajo del interior del saco una carta que entregó al señor Pedernera.

Como un gesto de asentimiento se marcaba en el rostro del dueño de casa, a medida que avanzaba en la lectura, y una vez terminada de leer la carta dirigióse al escritorio y púsose a escribir.

Los rasgos duros, autoritarios del señor Pedernera, se acentuaban ante el fuerte destello de la luz próxima al rostro.

El visitante, en pie, tipo de peón y de matrero, con el sombrero de alas flexibles dando vueltas en la mano, la melena revuelta, con un mechón de pelo sobre la frente en cruz con una extensa cicatriz, observaba de reojo los objetos de la habitación.

Levantóse el dueño de casa y entregándole un sobre cerrado, habló:

—Dígale a Patriciano que está muy bien. Que ya está todo organizado. Deje esta carta de pasada en lo de Facundo, y dígale que se apronten para mañana. ¿Y ustedes? ¿Ya están preparados?

—Sí, mi patrón. En la estancia ya está todo listo. Limpias las lanzas, y las armas preparadas y la caballada elegida.

—¿Y el entusiasmo? ¿Hay coraje, Silverio?

—Sí, mi patrón. La peonada está deseando enfrentarse con esos extranjeros, pa convenserlos por grado o por juerza, que con nuestro patriotismo no se juega. Les haremos ver que nuestra patria es noble, pero que no permite la afrenta.

—Muy bien, Silverio. Mañana añadiremos un galardón más a las efemérides gloriosas de nuestra historia. Con un gran exponente de fuerza y disciplina, demostraremos que los ideales utópicos exóticos no tienen cabida en nuestra tierra de promisión y de paz.

—Sí, mi patrón. Y si es necesario fierro, le juro que habrá bastante.

—Esa masa de descamisados no se enfrentará con nosotros, pero si su empecinamiento es tal que nos obliga a dar un escarmiento, lo tendrá. Bueno, puede irse, y avise a lo de Facundo.

—Sí, mi patrón. Allá también la peonada está lista. Cuando pasé esta tarde estaban haciendo maniobras. ¡Algo digno de verse el escuadrón de lanceros, patrón! Pero los nuestros no le tienen envidia, se lo aseguro!

—Bien, puede retirarse.

Silverio, salido que hubo a la calle, montó a caballo y se perdió en la oscuridad, apagándose a lo lejos el galope del caballo.

La piecita iluminada por una pequeña lámpara a querosene se hallaba repleta de obreros.

Deliberaban apasionadamente sobre los acontecimientos que deberían desarrollarse al día siguiente, fecha de dolor para la clase proletaria.

Ese Primero de Mayo era motivo de preocupaciones, pues al rojo pendón de las ansias de los productores, enfrentarían el pabellón nacional, amparando con la impunidad a las huestes que se llamaban falanges históricas defensivas de la Patria.

En todas las mentes se reflejaba la predicción sangrienta que evocaban esos escuadrones, capitaneados por los gauchos espirituales de las ciudades con pechera blanca y con botones de brillantes, que ese mismo Primero de Mayo proclamaban "la fiesta del trabajo libre" y el pronunciamiento de un caudillo que derrotara después a un tirano.

Por eso la preocupación entenebrecía los rostros curtidos en el trabajo y hacían temblar nerviosas las manos, que encallecieron en el taller.

Todos recordaban el pasado de este pueblo, cuya nacionalidad tuvo origen en las montoneras de turbulentos y guapos peleadores que lo arrollaban todo a su paso, y que, si bien la historia patria rememora como caballerescos luchadores, sabemos palpablemente cuánta verdad encierra la historia patria.

Tras largas deliberaciones, la Federación Obrera Local, a la que representaban los obreros reunidos en la pequeña pieza, resolvieron enfrentar las consecuencias de un posible atropello, puesto que el ideal debía llevarse adelante, aún contra la posibilidad de un colectivo sacrificio.

Y la enseña roja, recientemente terminada de bordar por hábiles manos de obreritas, fué destendida ante los ojos de los obreros allí reunidos quienes se reconfortaron como a la vista de la amada.

Y Mario, el delegado que representaba en el seno de la Federación a los pintores, con su cabellera de ébano ondulando en artístico desaliño, con su moño negro anudado al descuido a guisa de corbata, sonriente frente al pendón reivindicativo, puso fin a la reunión con una plegaria emocionante de sus labios de rebelde.

—¡Que mis ojos te vean ondular mañana, cobijando todos los dolores, y reconfortando todas las debilidades! ¡Rojo pendón de nuestras ansias de mejoramiento humano! ¡Que el bárbaro oculto en el vericueto de la vida, no ose maltratar con su salivazo de inconsciente el rojo refulgente de tú símbolo! ¡Que la sangre de los mártires no se sienta humedecer nuevamente con la nueva sangre de los nuevos mártires! ¡Que pueda mi brazo ampararte y detener la furia del que se escuda tras la impunidad para perpetrar el crimen!

El alba apareció serenamente por Oriente.

Era el Primero de Mayo.

Los talleres mudos, desiertos, patentizaban la fuerza de la organización obrera.

El tráfico interrumpido, era un claro exponente de que el músculo es el solo impulsador de la vida y del progreso.

Los grupos de obreros comentaban la predicción de la tragedia, pero con la serenidad de la conciencia del sacrificio indispensable para la realización de los grandes ideales, se disponían a ocupar el puesto que el momento les asignaba.

Desde temprano los escuadrones de peones militalizados de las estancias de la comarca, únense a las delegaciones venidas desde lejos para conmemorar el "Primero de Mayo del trabajo libre" y dejar bien sentado el espíritu de argentinidad latente en todo pecho de argentino.

Y un gran desfile de paisanos en pie de guerra se dirigió hacia el Hipódromo, donde se efectuaba la gran reconcentración de fuerzas, las que defenderían a la patria en peligro por la exposición de una doctrina de acercamiento universal.

Bélicas dianas cuarteleras llenaban el ambiente de sonoridades metálicas, aportando como una saturación de bríos a la muchedumbre que asemejábase a una extensión de sementera agitada por el viento.

Y los pañuelos azules y blancos se entremezclaman parodiando al cielo, el que, de una serenidad grandiosa, exponía la belleza de su comba a todos los hombres por igual.

Mario platicaba con su amada bajo el emparrado de una blanca casita que se hallaba recostada a la vera de un camino en las afuera de la población.

Sus miradas se hallaban turbadas por una honda preocupación, y en el bello rostro de la joven entrerriana, se leía claramente la angustia del dolor.

—Mario... te lo ruego... No vayas...

—Imposible, amada mía. Aunque supiese que encontraría la muerte allí, hay algo más grande que el amor a la amada y a la vida, y es el ideal. Perdona... tú no me comprendes aún... pero no creas mezquino mi cariño hacia ti porque prefiera el otro amor. Imagina que aquél es el amor a todas las novias, y a todas las madres, y a todas las vidas, ¿comprendes?

—Quédate — insinuó nuevamente la joven por respuesta.—Tengo miedo de perderte.

—Para ser más digno de tu amor no debo faltar a esta cita de reconfortación, ni debo permitir que mi puesto sea ocupado por otro. Además, desecha esos temores, mi muy amada. Al oscurecer vendré a tranquilizar las penas de tu corazón. — Y despidiéndose de la acongojada joven, se dirigió hacia la plaza del pueblo, donde debía realizarse la manifestación obrera.

Por sobre el Hipódromo se cernía el ave mecánica, en la cual llegaba el director de las brigadas creadas para defensa de los fueros nacionalistas contra el avance de las nuevas doctrinas internacionales.

La muchedumbre lanzaba en tanto delirantes hurras al viajero aéreo, que agitaba al viento el emblema de la nacionalidad.

Y un grito de combate emergió de centenares de pechos, enardecidos por los factores que levantaban esa ola de combativo desafío.

¡Gualeguaychú!!!

Se arremolinaron las caballadas asustadas, por la maniobra del aeroplano que descendía en medio de las aclamaciones.

Y la escena se enmarcó en el arrollador malón que combatía al progreso y a la civilización allí, en las pampas disputadas a balazos al indio indómito y aguerrido.

En el centro de la plaza un orador obrero evocaba la epopeya de Chicago, ante la silenciosa atención de un numeroso grupo de proletarios.

La bandera roja flameaba al viento, acariciando al orador con la suave ondulación de su paño.

Y era tanta la serenidad expositiva del obrero, que revivía el martirio de los inocentes ahorcados en holocausto al Capital, que el grupo de obreros se hallaba abstraído y olvidado del peligro que le amenazaba.

Mario, terminado que hubo su discurso el orador, subió a la tribuna, y con expresión cálida desparramó a los ámbitos de la plaza, la verba del comunismo anárquico.

Su ideal de bondad y de justicia abrazaba a la humanidad toda, sin distingos odiosos, y en entusiástico cantar, dirigiendo al rojo pendón la mirada, elevó su plegaria de rebelde.

—¡Que mis ojos te vean ondular cobijando todos los dolores y reconfortando todas las humanas debilidades ¡Que el bárbaro, oculto en el vericueto de la vida, no osmaltratar con su salivazo de inconsciente el rojo refulgente de tu símbolo! ¡Que la sangre de los mártires no se sienta humedecer nuevamente con la nueva sangre de los nuevos mártires! ¡Que puedan mis brazos ampararte y detener la furia del que se escuda tras la impunidad para pepetrar el crimen!

Y cuando sus últimas palabras fluían con altiva entonación, hizo irrupción en la plaza un pelotón de gauchos, al que capitaneaba Silverio.

Empuñaban en una mano la lanza de las épicas correrías, y en la otra el revólver, símbolo de nuestra época de civilización mecánica.

No tuvieron tiempo los obreros de reponerse de la sorpresa, cuando comenzó un nutrido tiroteo, produciéndose el desbande general.

Sólo un grupo pequeño quedó junto a la roja enseña.

Mario, de un salto colocóse al pie de la bandera, mientras se apreestaba a la defensa, pero acosado por todas partes, cayó herido, envuelto entre el paño púrpura, que se empurpuraba nuevamente con la sangre que fluía de sus heridas.

Silverio, atropellando con su caballo, llegóse junto al moribuundo, con el facón en una mano, y echando pie a tierra, cogió el emblema de la redención del proletariado para desgarrarlo, pero el brazo de Mario, en un postrer empuje de vida, se levantó empuñando el arma justiciera, y el gaucho cayó, partido el cráneo por la bala certera, sobre el paño que recogía, en un mismo charco, la savia de dos rutas diferentes.

En ese mismo instante los escuadrones que rememoraban las legiones de montoneros, desparramábanse en la amplitud de los valles entrerrianos, presagiando la muerte en las productivas praderas labradas por el brazo del extranjero, que se recogía temeroso en su cabaña, ante el paso del bárbaro, mientras allá, en la blanca casita recostada a la vera de un camino, una joven entrerriana sollozaba la doliente queja de su idilio truncado.

Henry Silva.

Internacionales

El discurso de Lenín pronunciado en el Congreso de la III Internacional sobre la situación general de Rusia

Moscú, 11/7/21.

Comienza Lenín su informe sobre la situación general de la Rusia de los Soviets y sobre las tácticas del partido Comunista, señalando las causas políticas y económicas, que no permiten a la burguesía internacional, iniciar una franca ofensiva contra la República de los Soviets. Los comunistas rusos, dice Lenín, aprovechan este intervalo, para fortalecer el poder de los Soviets. Sin embargo no olvidar, que si no es hoy o mañana, puede reiniciarse de nuevo la lucha abierta con el enemigo.

Cuando hemos hecho la vuelta, manifestó Lenín, confiábamos que la revolución mundial había de terminar la obra empezada por nosotros, o en todo caso, nuestra misión histórica consistía en abrir la brecha a la Redención Social Universal, que se aproximaba. Pero lo que ha resultado en realidad, es que la Rusia de los Soviets vive por hoy, rodeada de estados capitalistas. Eso proviene, por una parte, de que la conciencia revolucionario de las masas obreras de todo el mundo, no alcanzó aún el grado de desarrollo, hacia el cual tendemos. Sin embargo, en los momentos actuales ya es suficiente fuerte para impedir a la burguesía mundial, aplastar la Rusia de los Soviets.

Debemos aprovechar ese intervalo, para preparar escrupulosamente la revolución en los países capitalistas. Cuán más fuerte es la organización proletaria en un país capitalista adelantado, tanto más atención debe prestarse a la preparación de la revolución allí. No se debe olvidar el hecho, que el único sostén de la burguesía mundial, resultan los segundos y segundos y medio internacionales, gracias a quienes conserva aún su poder sobre el proletariado. Un hecho extraordinariamente favorable, para el desarrollo de la Revolución Social Universal, viene a ser el despertar de las enormes masas de la colonias y semi colonias. Este hecho nos presenta un problema serio, consistente en la necesidad de organizar esas numerosas masas, a pesar de su atraso cultural, y empujarlos hacia el camino de la Revolución Social.

Tocante a la lucha de clases, se puede constatar, que la revolución rusa ha terminado con los estancieros y capitalistas industriales. Los restos de ellos se agrupan ahora en algunos centros importantes del extranjero, en torno de los representantes de la burguesía mundial, y allí instigados por esos últimos a toda clase de ataques contra la República Sovietista, reciben también apoyo de los mencheviques y los socialistas revolucionarios. En consecuencia, sus combinaciones y tácticas estratégicas, presentan consigo un interés, no solamente para los comunistas rusos. Los partidos comunistas de todos los países deben prestar, por lo tanto, mucha atención a todas las maquinaciones de los contrarrevolucionarios rusos.

Hecha la revolución social se ha planteado ante el proletariado ruso, el problema de regularizar sus relaciones con la clase campesina. Naturalmente, en este caso no podía pensarse en la expropiación. Basados en la experiencia de muchos años, podemos afirmar que la clase campesina puede existir, solamente bajo la dirección de la burguesía o del proletariado organizado. La alianza entre este último y los campesinos ha tenido al principio un carácter netamente militar. En tal sentido, los campesinos hacían gustosamente las concesiones al proletariado, porque veían reaparecer detrás de las espaldas de las guardias blancas a los antiguos terratenientes. El proletariado ruso dió al campesino la tierra, ayudándole en la lucha contra los estancieros. Por consiguiente, los campesinos deben poner a disposición del proletariado los víveres necesarios. Relacionado con esto hemos cometido muchos errores, porque nos vimos obligados conseguir a toda costa víveres. Ahora ya está terminada la guerra.

A causa de siete años de guerra continua, de malas cosechas y de falta de semillas, el estado económico de los campesinos ha sufrido gran crisis. Aquí surgió ante el proletariado un nuevo problema: el de ayudar inmediatamente a los agricultores a restablecerse. De ahí la causa del brusco cambio en nuestra economía política, motivando como primer término, la introducción del impuesto sobre el abastecimiento.

Los mayores sacrificios y sufrimientos han recaído sobre el proletariado ruso, porque la clase que hace la revolución es la que más sufre. Esta verdad la vemos ahora de hecho.

Las capas más avanzadas del proletariado ruso, que han traído en holocausto de la revolución lo mejor de lo que poseían, durante tres años y medio, reconocen claramente que sin la alianza con los campesinos, el poder de los Soviets no puede existir. Por consiguiente, el proletariado debe hacerles toda clases de concesiones, para fortalecer esta alianza y sostener así el Poder de los Soviets.

Con nuestra economía política, está relacionada intimamente la política de las concesiones. La situación de las cosas, nos hace pagar caro nuestro atraso técnico. Debemos restablecer a toda costa nuestra industria, es decir, electrificar todo el país, porque sin eso no es posible restaurarla. En este sentido, tenemos que estar preparados a todos sacrificios, para que el plan de electrificasión, labrado por 200 especialistas, sea una realidad.

Ese es el único medio para salvar al país de una crisis económica. Este medio nos dará también la posibilidad de salvar a los campesinos de las garras del hambre y la miseria. Lo poco hecho ya en este sentido, ha mostrado a los campesinos, un mundo nuevo de trabajo, realizado no solamente en beneficio propio, sino también en el de todos, en general.

No obstante de haberse terminado la guerra, nos encontramos aún en ese estado de guerra, y debemos obrar de acuerdo con esa circunstancia. La Dictadura del Proletariado se haya, pues, en un estado de guerra y en consecuencia, no podemos prometer a nadies libertad y un régimen democrático. Bajo la bandera de la democracia, se agrupan actualmente toda clase de contrarrevolucionarios de todos los matices. El mundo entero es testigo de un espectáculo verdaderamente cómico: los Cadetes instigan a los socialistas revolucionarios y mencheviques a lanzar el lema "El Poder de los Soviets, pero sin los Bolsheviques". La burguesía astuta sabe perfectamente, que los soviets de los socialistas revolucionarios y los mencheviques, vienen a ser nada más que un reclamo provisorio, que tienen por objeto facilitar la vuelta de los capitalistas y estancieros. Esto nos obliga a luchar sin piedad contra los mencheviques y socialistas revolucionarios. A los campesinos en cambio, avisamos, que ellos deben unificarse con el proletariado, el que por su parte está dispuesto a hacerles toda clase de concesiones posibles, o de lo contrario, deben emprender abiertamente la guerra civil. Todos los demás lemas vienen a ser absurdos y demagogias.

Traducido de

Noviy Mir, de Berlin,

Julio 13, 1921.

EL JUICIO DE LA HISTORIA

"Donde las muchedumbres no llegan, llega el individuo".

Argumentos de pura lógica demuestran que la vida humana es inviolable, los hechos diarios se encargan de probar lo contrario.

Vivimos en una sociedad en la cual el antagonismo de clases es permanente y donde la violencia codificada, madre de esta lucha, no solo sirve para apuntalar instituciones históricas como el estado, sino, que justifica crímenes y consagra como inviolables e indiscutibles a dogmas que el espíritu libre batió en derrota.

Hombres hay — pertenecientes a partidos revolucionarios de todas las épocas — que prefieren el azar de la rebelión o el tumulto peligroso de la revuelta a la calma segura de lo arbitrario. Entonces nace el choque entre el individuo y los hombres representantes de las viejas instituciones, casi siempre del poder autoritario y tiránico.

De temperamento y psicología diferente, el uno aspira a nuevas formas de civilidad. El otro quintaesencia una civilización caduca, en cuanto tiene de injusta y opresiva (persecuciones políticas, etc.) El uno encarna el derecho de la rebelión, que no existe escrito en ninguna constitución pero que es anterior y posterior a ellas. El otro moraliza hipócritamente la obediencia de la ley — que no cumple — como elemento de orden opuesto a los males de la revolución.

Detrás del visionario se colocan los oprimidos, los que creen que la limitación de la autoridad está marcada por la revuelta. Con el otro marchan los fariseos de todas las edades, amorfos e indefinidos, cavernarios de variadas razas, dispuestos siempre a matar el porvenir, en nombre de intereses egoistas.

La pesada teología de intelectuales desvertebrados, proclama como sagrada la vida de un asesino coronado, de un primer ministro degollador o un jefe policiaco que ordena masacrar en plazas y calles a los que quieren afirmar el propio derecho a la vida.

¿Pero donde hay más valor, en la vida de un hombre o en la vida de una muchedumbre?

Juristas de abolengo inflado, depositarios de una ciencia bebida en el legislador romano del siglo I, creen que la justicia humana tiene una sola forma de manifestarse: La que se maneja indecorosamente en los tribunales. Así es instrumento puesto al servicio de una clase. La justicia de las muchedumbres se realiza por el héroe civil — la voz de todo un pueblo — representante de un partido redentor cuya acción se plasma unas veces en la bomba de Morral, otras en el tiro que ejecuta a Dato.

Es necesario esperar "el juicio de la Historia", dice la burguesía cuando cansada ya de reaccionar pretende ser consecuente con los principios morales que alimentan las bases de las tituladas democracias. Pero ya es tarde, porque la onda ha repercutico en todas las latitudes de la tierra.

"También para los pueblos la gran Némesis de los siglos consagró el derecho a la legítima defensa! También la historia tiene su ley inexorable del Talión! También la historia tiene sus tribunales que juzgan los asesinos de los pueblos y les condenan al extremo suplicio! La pena de muerte debe ser abolida contra los criminales que la sociedad puede reducirlos a la impotencia. ¿Pero a cuáles medios recurre cuando los pueblos no tienen otras armas para eliminar a los asesinos cubiertos de mantos de púrpura, rutilantes de sangre humana y protejidos detrás de las bayonetas de los soldados y las leyes?..." dice Giacinto Francia.

Y el juicio de la Historia, señores dictadores, no es una sola cosa del pasado o del futuro intangible y lejano. No, él puede aparecer mañana mismo en cualquier aurora, y ejemplos tenemos muchos y uno sobre todo indiscutible. Cuántos que se acostaron príncipes amanecieron simples productores!!

Mucho cuidado! No se persigue impunemente a las ideas. No se mata sin peligro las libertades de imprenta y de reunión. No se llenan calabozos con trabajadores indefensos. Ni se masacran en las pampas, bosques y ciudades sin que surja uno de esos "locos luminosos" que marcan el progreso, limitando a lo que se ha dado en llamar autoridad y para quienes el derecho de insurrección se identifica con el de conservación.

Frente a persecuciones y atropellos, siempre habrá algún responsable; las masas, supremamente idealistas, no creen en la responsabilidad de las cosas, sino en la de los hombres.

No propagamos el atentado individual como medio ni como fin, solamente lo observamos como fenómeno social, constatamos su determinismo explicando su repercusión universal a la luz de la psicología colectiva y de la filosofía de la Historia.

Para los pueblos no se discute el derecho sagrado de matar a los tiranos. Bruto sigue siendo un héroe eterno de Plutarco y ¿cuánta sangre hubiera ahorrado al país quien eliminase a Rosas? Y así sucesivamente... Cuántos estadistas no estuvieron en el "bordeline" de la tiranía?

El pueblo tiene el corazón blando como un niño. Alma clara y ventilada; sensibilidad delicada. Pasadas las tempestades de los primeros momentos, si aplaude al autor de un atentado, no es por el hecho mismo sino que le saluda como liberador heróico y audaz.

Cottin como Henry son hombres representativos. Realizan su vida de acuerdo con sus normas éticas: "insurgir contra todo poder es un derecho sagrado y el más santo de los deberes". A este fiero individualismo no lo tomamos como un problema aislado en la colectividad sino que vemos en él una faz claramente demostrativa de la existencia permanente del derecho de rebelión, refiriéndose al cual dice el gran filósofo inglés Hocqe: "Si ese gran derecho social de la insurrección no pesare sobre la cabeza de los poderes (que lo niegan) el género humano habría perdido desde hace mucho tiempo toda dignidad como todo honor".

Los pueblos van rápidamente haciendo la Historia. Tal es la vorágine que pasan días con valores de año. Se ha perdido la fe en el trabajo de las generaciones futuras. No queremos dejar nada por hacer, queremos hacer todo. En su nervioso afán de progresar el hombre aspira a realizar, en el presente, sueños y utopías. Así se explica que tantos hermosos ideales se hayan concretado en el mundo, fecundando de nuevo a la humanidad.

El juicio de la Historia, las gentes honradas, no lo confían a los que vienen, lo llevan en el cerebro como pensamiento completo, vale decir, como acción.

J. Lazarte.

Sindicalismo y Anarquismo

El movimiento obrero en una encrucijada

REEORMISMO O REVOLUCION

Cualquiera que mire con ojo vigilante, y no a través de los cristales ahumados de la preocupación sectaria, el movimiento obrero y socialista actual en Europa (Francia tal vez, la Francia), se dará cuenta en seguida del estado de incertidumbre en que se encuentra de algún tiempo a esta parte, del período de crisis y de tregua que está atravesando.

Es inútil hacerse ilusiones. Hace algún tiempo que el proletariado está como preso de la desconfianza en sí mismo y en su propia fuerza de clase, especialmente allí donde antes se desplegaron grandes entusiasmos, mucho calor y se obtuvo alguna victoria. Si se quiere encontrar un poco de ardor, hay que ir a buscarlo en los ambientes que ayer poco habían evolucionado y que nacen, si así puede decirse, ahora a la vida de batalla. Su ardor es de neófitos, puesto que pasa con las colectividades lo que con los individuos: las primeras luchas con las que se combaten siempre con mayor entusiasmo, aunque sea con menos prudencia.

Pero en los grandes centros la cosa es bien diferente (y digo "grandes centros", no sólo para significar grandes ciudades, sino también los centros de actividad proletaria y socialista más fuertes), y basta para persuadirse de ello, ir a un comicio cualquiera y estudiar su ambiente. Allí donde antes acudían diez mil personas, ahora sólo van dos mil, y aún son siempre las mismas, las de mejor voluntad, los militantes activos de los diversos partidos de vanguardia. ¡Y qué frialdad en estas reuniones electorales, comparadas con el entusiasmo de cinco, seis o siete años atrás! Lo oradores fotografían este general estado de ánimo, resultando casi siempre descoloridos, o repitiendo las frases hechas que antes enardecían y ahora hacen sonreír. Y lo mismo pasa con los periódicos. Nunca se ha hablado tanto de revolución y de rebelión como ahora, pero nunca como ahora hemos estado tan lejos de la revolución y de la rebelión, sea como fuere concebida.

Dos hechos nos han hecho ver últimamente y demostrado esta verdad: las elecciones políticas en Italia Alemania y otros países, donde hasta en el seno de los partidos electorales republicano y socialista, especialmente socialista, las masas no han correspondido a las esperanzas de los jefes, y las huelgas, que hace más de dos años se están sucediendo con una uniformidad desconfortante de fracasos y derrotas, que ni siquiera ofrecen la escasa compensación de poder bautizarlas con el nombre de "victorias morales", algo así como el amor platónico de los melancólicos en parangón con el amor completo y vital de los amantes sanos y robustos.

Todos comprenden que así no puede seguir. Es necesario encontrar un camino de salida, si no se quiere matar en el pueblo toda fe en sí mismo y en su derecho si no queremos vernos más o menos pronto aislados e impotentes por la peor de las desgracias: la de no ser creídos.

El momento es, sobre todo, angustioso por este hecho: que el proletariado no es tan débil que pueda dejar del todo para más tarde cualquier propósito de acción decisiva, pero tampoco es tan fuerte que pueda arriesgar un paso enérgico con esperanza de victoria. Y si tan poco fuerte es aún, la culpa pertenece por completo a los partidos políticos y electorales que hasta el presente le dirigieron, haciéndole creer que la única arma para combatir es la legalidad y la papeleta electoral; que hanlo educado, mejor dicho, maleducado, en la renuncia del derecho de iniciativa popular. "Somos muchos — piensa el proletariado; — ¿por qué, pues, no vencemos?" No comprenden estos muchos que no basta ser "muchos" para vencer si no se hacen fuerte de energías individuales; una masa de unidad que no tenga otra fe que en el número, a desbarata una pequeña minoría enérgica cualquiera, sea que la energía la tenga por fortaleza de propósitos o que la posea (y aquí está el caso a que nos referimos) por privilegio adquirido precedentemente por autoridad o violencia.

Mientras éramos pocos decíamos: "Venceremos cuando seamos muchos." Pero entretanto, a fin de ser muchos, se iba despojando de sus mejores flores el árbol de las ideas, y cuando ha llegado la época de cosechar nos hemos encontrado con un árbol muy frondoso, sí, pero que da pocos recogidos, hemos visto que era estéril o poco menos. Le faltaba al organismo adulto la espina dorsal de la conciencia revolucionaria.

Las organizaciones proletarias se han vuelto numerosas, fuertes de adherentes y alguna hasta de dinero; el partido socialista ha llegado a un desarrollo envidiable (1), con un número de representantes en el Parlamento que es bastante respetabilísimo; no debía estar lejos el momento de recoger los frutos de la larga obra cultivadora. En cambio, una vez llegado el punto decisivo nos damos cuenta de que estamos parados, y este alto dura ya demasiado tiempo, cuando bajo cierto aspecto no se cambia en retroceso. La representación parlamentaria pierde algunas unidades, de las mejores y más combativas y competentes; las organizaciones proletarias andan quebrantadas en algunos sitios; el partido socialista y el partido anarquista están furiosamente agitados por las discordias intestinas, y las huelgas acaban todas en fracasos. En cambio la burguesía, aleccionada con la experiencia de los errores obreros, se recoge, se une, desde el clerical al radical (y a ella no desdeñan acercársele los republicanos antisocialistas y los mismos socialistas reformistas), y evitando las formas de reacción más irritantes, que provocarían tal vez un movimiento de energía revolucionaria y vivificadora en el pueblo, continúa pegando a los organismos obreros, aún fingiendo no preocuparse gran cosa, arrancándoles una pluma cada día, hasta dejarlos sin movimiento.

¿Qué hacer?

Las huelgas, y por lo que se refiere a Italia la huelga general de Septiembre de 1904 y la de Mayo de 1906, las de Ginebra, de Barcelona, etc., nos enseñan que no debemos desesperar. Hay en el proletariado una suma tal de energías, que los poderosos no tendrán nunca fuerzas bastante para ahogarlas. ¿Acaso no hemos visto como una de las más fuertes corporaciones de oficio en Italia (la de ferroviarios) consiguió últimamente, sin diputados y hasta contra su parecer, influir directamente sobre la política, obligando a un ministerio a dimitir?

Pero una flor no hace primavera, y si la huelga general y el movimiento de los ferrocarrileros italianos nos enseñan que no podrá matarse el espíritu de resistencia de las masas, por otro lado es verdad que la obra revolucionaria puede sufrir altos, debido a los manejos de sus adversarios o por la impericia de sus amigos. Y un alto es lo que ahora estamos atravesando. Ante este hecho, a todos cuantos están impacientes por reanudar el camino se impone el problema: ¿qué hacer?

Dos soluciones se presentan a la mente del observador: la una reformista, de los socialistas autoritarios, y la otra revolucionaria, de los socialistas anarquistas.

La primera solución, dada la premisa sentada hace tiempo por varios partidos socialistas, o sea la de la conquista de los poderes públicos por medio de la legalidad y de la legislación social, como arma de combate y como instrumento de reivindicación, se presenta a los ojos de muchos como la más lógica. Esa solución ha conducido a una

(1) Hablo de Europa en general, naturalmente.

interpretación del socialismo del todo especial, como si el socialismo consistiese no tanto en la transformación final del organismo de la propiedad, sino, en cambio, en un lento sucederse, en una "tendencia" hacia la socialización de la misma propiedad. Así se explica la sonrisita de compasión prodigada a los socialistas de la vieja escuela por parte de los que en sus propios cálculos han dejado la actuación del colectivismo o del comunismo para el año 2.000. Así se explica cómo el socialismo democrático electoral se hace cada vez más socialismo de Estado con su concentración, por un lado, de todas las esperanzas futuras, y por otro, por obra de los socialistas, de un número siempre mayor de los servicios públicos.

Si bien se mira, todo esto no es socialismo, a no ser que con esta palabra se quiera bautizar de nuevo y hacer pasar por nuevo todo el viejo derecho del radicalismo y del republicanismo burgués. Pero dejando de ser socialista en su íntima esencia, el reformismo no deja de ser por esto una solución. Hasta para los que no piensan sino en las mejoras inmediatas y que creen que nada hay mejor que obtener, con el mayor ahorro de energía, de las instituciones actuales, todo lo que de ellas puede esperarse de bueno o de malo, la solución reformista es la única que se les presenta con seductor aspecto. Con el método legalitario de los reformistas se puede obtener poco, pero hasta este poco, piensan los "prácticos", es ya algo. Se podría conquistar mucho más con un gasto mayor de energía revolucionaria, pero, repiten los "positivistas", no es necesario arriesgarse despilfarrando demasiadas fuerzas. Lo que se conquista de este modo es inseguro, dado que puede perderse mañana, porque el que da puede siempre recuperar lo dado, y además, lo poco de hoy compromete y aleja lo mucho a que tendría derecho y posibilidad de alcanzar mañana. "¡Carpe diem!", replican los reformistas... ¡No es buen positivista sacrificando hoy el huevo por la gallina del año 2000!

Sea como fuere, el reformismo legislativo y parlamentario puede dar una brizna de mejora a los que lo adoptaron, con tal que sepan obrar según la mejor política. Se puede obtener la suspirada ley del descanso festivo, una mejor aplicación de las leyes sobre los accidentes y el trabajo de las mujeres y de los niños, la ley sobre el divorcio, etcétera. Y para los que tienen fe en los efectos de las leyes, para los que creen que socialismo y legislación social son una misma cosa, la solución está ya obtenida. Y tanto más para los que ven el "devenir socialista" en un siempre mayor aumento de los poderes del Estado en el dominio económico, es decir, para los que patrocinan el servicio del Estado en cualquier rama de los trabajos de utilidad pública, se impone esta concepción legislativa y reformista del socialismo. Rascad un poco al socialista democrático, y debajo de la primera piel encontraréis al socialista de Estado.

Sería un error sostener, por un exceso de oposición revolucionaria, que "nada, propio nada" pueden esperar las clases obreras de la táctica reformista. Caer en un error tal es un mal, por cuanto los reformistas pueden aportar en su apoyo la menor prueba de lo contrario para hacer pasar por utópica y embustera la crítica revolucionaria. No; no es necesario negar la verdad; basta solamente analizar cuanto esta realidad corresponda a las necesidades de las clases trabajadoras, y en qué relación está con los fines y las teorías del socialismo. Entonces será fácil probar que el proletariado, confiándose a los reformistas para ahorrarse energías, que podríamos llamar pusilámine pereza, se contenta con una escasísima ganancia inmediata a costa de la propia dignidad: ganancia que aléjalo de su total emancipación de la esclavitud del salariado y de la tiranía política. En una palabra: será fácil demostrar que el reformismo es la negación del socialismo.

Desde el punto de vista utilitario, cualquier método puede tener su lado bueno. De dos siervos, uno humilde y dócil y el otro orgulloso y exigente, puede darse que el primero consiga más fácilmente y en tiempo más breve hacerse aumentar el salario en pocos céntimos u obtener las sobras de la mesa y los vestidos de desecho de su amo; pero es ciertísimo que continuará siendo siervo de alma y de cuerpo, mientras que el segundo, si sabe hacerse necesario e indispensable puede arrancar al amo alguna concesión, haciendo valer su propio orgullo, y aunque esto lo obtenga con un esfuerzo más fatigoso que el otro y más tarde, puede empero obtener más que el siervo humilde, y de cualquier modo tiene mayores probabilidades de poder un día sustraerse a la condición de servidumbre por la misma fuerza que le viene de su dignidad de hombre y de la gimnasia de oposición al amo.

Si se hace cuestión de utilidad, de interés inmediato, no olvidemos que los propios intereses inmediatos, tanto individuales como de clase, pueden aventajarse de mil modos. Por ejemplo, allí donde los curas y los burgueses han sabido organizar a los obreros en ligas de "amarillos", vemos que estas ligas logran ganar para sus socios ventajas notables, como premio a su traición a la solidaridad de clase. Pero nadie sostendrá, alabando estas mejoras por caridad, que los sindicatos amarillos sirven de auxilio a la emancipación obrera. Se dirá que el parangón es exagerado y que rebasa los límites. Es posible, pero lo he presentado para demostrar que en las cuestiones de índole general, no hay que mirar solamente unas dadas ventajas inmediatas estrechamente económicas, sino que hay que tener en cuenta la ventaja general, tanto desde el punto de vista económico como desde el punto de vista político y moral de la libertad y de la dignidad humana. Es necesario procurar — si se tiene por guía un programa revolucionario de completa transformación social — que el método de lucha adoptado y las ventajas conquistadas guarden relación con el objetivo final de emancipación integral, que, en nuestro caso, es con el ideal del socialismo, entendido en el sentido integral de socialización de la propiedad, y si nos es dable decirlo así, de la libertad.

Para conservar el movimiento obrero y socialista su propia esencia de "movimiento" y no transformarse en "éxtasis", debe apresurarse a escoger entre los dos caminos que se lo presenten: el reformista autoritario o la revolución anarquista. El primero, más fácil y menos fatigoso a través de un camino florido, le conducirá... a dejar de ser socialista; el segundo, más difícil y costoso de energía y de sacrificios, por un camino espinoso y de lucha continua, le llevará a la victoria del socialismo y de la libertad. Que escoja y se mueva.

Aquellos que quieren conciliar ambos métodos, son hombres de incertidumbre que no saben ser resueltos y no quieren escoger. Costeando éstos el proletariado y el pueblo en general en su peor defecto, la pereza intelectual y material, lo condenan a la inercia, al ocio político y social en que estamos vegetando en este momento. Y ya es sabido que el ocio es padre de todos los vicios: entre los ocios crece la triste flor de la discordia y de la corrupción. Precisamente en este momento de mayor ocio y de menor actividad revolucionaria en el seno de los partidos populares y obreros, la holgazanería favorece el despedazarse recíproco, no sólo de partido a partido, sino hasta entre fracciones de un mismo partido, entre hombres de una misma fracción. Y en todas partes vemos que se aprovechan del momento los arribistas, los charlatanes, los confusionistas, los impulsivos, para introducirse entre las filas de los militantes y explotar su buena fe, energía y entusiasmo por intereses individuales o de casta, por rivalidades tontas e inconfesables, por afán de notoriedad o por ilusión, sin que el ruído de las charlas mujeriegas pueda darnos un no esperado movimiento de pueblo.

Se necesita la acción para purificar el aire, para arrojar de los alvéolos de la laboriosidad socialista y anarquista las inútiles abejas ociosas, charlatanas y maliciosas; pero no puede hacer acción allí donde no hay decisión sobre el camino que ha de seguirse. Se impone una de las dos soluciones: la que proponen los reformistas o la que preconizan los anarquistas. Hemos examinado la primera; veamos ahora la segunda.

Si los revolucionarios no tienen razón cuando dicen que la táctica reformista no puede obtener "nada", por otra parte los reformistas no tienen tampoco razón cuando acusan a los revolucionarios de que no se preocupan de las necesidades del momento, y que sólo piensan en el paraíso socialista y anárquico del año 2000. Asimismo es un error creer que con el método revolucionario no se puede llegar a obtener resultados inmediatos de mejoras en el mismo seno de la sociedad actual.

Cierto que mientras no se haya socializado y puesto en común la propiedad, habrá siempre miseria, que la posi-

bilidad de mejorar por parte de los obreros es limitadísima, y que más allá de este límite no pueden ir, sino a condición de derribar el orden social actual. Y viceversa, no es posible derribar este orden social actual si la clase obrera no ha alcanzado un estado de cosas y una condición económica tal, que permita por lo menos a una fuerte minoría suya alcanzar una elevada conciencia de clase, o como suele decirse, si antes no ha revolucionado su conciencia. Parece un juego de palabras, pero no lo es.

Aquellos teóricos que consideran el mundo político y económico como una máquina única, sometida a leyes inflexibles de movimiento y de engranaje, y llegan a la concepción catastrófica de la revolución a través de las teorías apriorísticas y unilaterales de la férrea ley del salario, de la concentración capitalista y del determinismo económico, están bien lejos de la realidad formada de verdades relativas y determinada por causas infinitas que se entrelazan, tan pronto reformándose como repeliéndose recíprocamente, causas materiales, políticas, económicas, físicas y psíquicas. La férrea ley del salario, por ejemplo, que no consiente aumento de salario al obrero sin que repercuta en el coste de la producción, es decir, sin un aumento en el precio de los géneros necesarios a la vida, no es tan férrea como se cree, y no es verdad que anule matemáticamente el beneficio obtenido por el trabajador con el aumento del salario.

Precisamente la relatividad de estas leyes económicas y sociales permite que la clase obrera pueda aprovecharse, gracias a los márgenes que ella consiente. Y mientras hay modo de ganar algo, una peseta más de salario o una hora menos de trabajo, el obrero hace bien en no desperdiciarla y conquistarla. La peseta diaria que ingresa de más puede permitirle al final de la semana comprar el libro y el periódico que alimentará su inteligencia; la hora menos de trabajo le dará tiempo para leer y descansar algo más. Y el descanso, la lectura y una alimentación mejor le pondrán en condiciones de comprender mejor las cosas y apresurar la revolución. Porque no hay que olvidar que si la mejora obtenida sirve para aguzar el apetito, refinar la inteligencia y formar algo más la conciencia de la clase obrera, no disminuirá sino muy poco, de modo casi imperceptible, el malestar general de la sociedad, la miseria económica y la esclavitud política.

El concepto marxista de la concentración del capital y la relativa miseria creciente es verdad en sentido muy relativo. El aumento del número de proletarios no impide que el proletariado, o ciertas categorías suyas, pueda disminuir algún tanto, aquí o acullá, la propia miseria, dentro de un límite muy restringido. Pero esta disminución, por pequeña que sea, de miseria y de malestar, sometida después a continuas oscilaciones e incertidumbres, solamente con una condición puede ayudar verdaderamente a la clase obrera y ser un encaminamiento hacia la abolición de la miseria: a condición de que la mejora no sea un fin, sino que el que la obtiene la obtenga con fuerzas propias y no se contente nunca con ello hasta que lo haya obtenido por completo todo. La clase obrera debe tender a conquistar su completa emancipación económica, debe tener por finalidad de su movimiento de clase la abolición del salario, la socialización de la propiedad, el hermanamiento de las clases por medio de su abolición. Naturalmente, mientras anda este camino irá recogiendo todo lo que el capitalismo perseguido vaya dejando caer de sus manos, y en la lucha procurará arrebatar al enemigo todo lo que pueda, pero a condición de no desistir de la lucha hasta la completa victoria.

En una guerra el objetivo de un ejército no consiste en arrebatar al enemigo las vituallas y municiones, sino en reducirle a la impotencia y vencerle completamente. Por lo tanto, si es buena táctica arrebatarle las provisiones de guerra, sería pueril contentarse con éstas e interrumpir la batalla, no preocupándose de otra cosa y dormirse sobre los primeros laureles.

Concebida de este modo la lucha obrera, como un medio de transformación completa de la organización social, no puede dejar de ser revolucionaria y anarquista. Las conquistas posibles en el seno de la sociedad, tal como ahora está formada, son útiles en relación al fin socialista, a condición de que se sepa que estas conquistas tienen un límite, más allá del cual no hay otro camino de salida que la revolución; a condición de que se sepa su impotencia para destruir la miseria o disminuirla de mucho... El movimiento, por consiguiente, no debe proponerse estas reformas como un fin, sino como un medio, y no como medio único o principal, sino como uno de los medios que resultaría inútil si no estuviese apoyado por el uso de otros métodos revolucionarios. Para que tengan esta característica las mejoras, es necesario que los de abajo las arranquen y no que las concedan los de arriba: que sean hijas del empuje de la imposición revolucionaria fuera de los organismos capitalistas, y no como concesiones en virtud de recíproca colaboración de clase en la espera del poder legislativo de la burguesía.

Este método presupone el empleo de una energía no desdeñable. ¿Pero de qué servirían los organismos proletarios de resistencia, si no debiesen emplear la energía de la resistencia? Y no hay que olvidar que la lucha obrera — tendiente a la conquista integral del pan y de la libertad — debe tender a formar conciencias, a formar la conciencia de clase del proletariado militante, para que éste pueda llegar a tener capacidad para expropiar primero y administrar directamente después, por medio de sus organizaciones, la propiedad.

Esta conciencia revolucionaria y esta preparación del porvenir se obtendrán si el proletariado se acostumbra a contar con sus propias fuerzas y sus propios organismos. Por otro camino esto nos lleva a la concepción anarquista del socialismo, no sólo como fin, sino también como método. Es necesario que el proletariado repudie la teoría de la conquista del poder público, el cual, mientras dure el monopolio, y cuando ya esté socializada la propiedad será inútil, y como todas las cosas inútiles podría ser un daño, podría ser una amenaza para el socialismo y para la libertad.

Es necesario que el proletariado base su acción solamente sobre los organismos de su seno salidos y por él creados, es decir, sobre las organizaciones obreras de resistencia y de lucha, y que se niegue a colaborar con los poderes capitalísticos en torno de las cábalas legislativas, cuya fe en éstas disminuye, si no anula del todo, el ejercicio revolucionario de su acción directa, y tiende nuevamente a presentarle las reformas, vistas con lente de aumento, como un fin y no como un medio. De otro modo se caería en la colaboración de clase, en el reformismo de los legalitarios, es decir, el otro camino de los dos ante los cuales se encuentra presentemente el socialismo.

O la colaboración de clase, para las reformas legislativas dentro de la órbita de las instituciones capitalísticas por medio de la táctica electoral de la conquista de los poderes públicos, o la lucha de clase para la abolición del salariado, fuera de los ambientes legislativos y del Estado, por medio de la acción directa revolucionaria, extraparlamentaria y antiautoritaria, de las organizaciones sindicales. El primer camino lleva el socialismo a renegar de sí mismo y a no conservar de sí más que el nombre; el otro, manteniendo el concepto puro primitivo de socialización o comunización de la propiedad, integra el socialismo, conduciendo a la abolición, no tan sólo de la explotación, sino por añadidura de la autoridad — coacción violenta — del hombre por el hombre.

Luis Fabri

(Continuará).

Las ideas socialistas y filosóficas de Bernard Shaw

Su popularidad es solamente comparable a la de Campbell Bannerman

Ningún dramaturgo extranjero tan interesante a la crítica como Benard Shaw — ninguno de los de ahora, naturalmente. — La riqueza de sus ideas esparcidas con notable equilibrio en sus obras, y su personalidad desconcertante, esa técnica extraña, le dan un considerable valor de estudio. Ha tardado, como casi todo innovador, muchos años era imponerse; pero luego su triunfo ha sido extraordinario, llegando a conseguir tan grandiosísima popularidad que en toda Inglaterra se le conoce solamente por sus iniciales G. S. S., que es como firmaba sus críticas musicales en el "World". Este caso de popularidad, de ser conocido de todos sólo por las iniciales, solamente se dió antes con Cambell Bannerman.

La preocupación que cobra mayor intensidad en Bernard Shaw, es el socialismo. Sus ideas socialistas parten de la impresión que le produjo la lectura de "El Capital" de Carlos Marx, y luego se van adiestrando hacia su sentido evolutivo, en vez de al revolucionario. Bernard Shaw colaboró en las revistas To Bay y Our Corner. Forma parte de la Fabián Society, y en 1889 sus colegas le encargan la publicación de los Essays in Fabianism, y escribe Las bases económicas del socialismo y La Evolución de la sociedad actual hacia el socialismo, en la que ataca implacablemente a la sociedad capitalista, pidiendo su expropiación e indemnizándoles con dinero sacado de un impuesto cada vez mayor sobre las rentas. Estas ideas constituyen el sistema de La Fabian Society: la reorganización de la sociedad para la emancipación de la tierra y del capital industrial, que deben ser substraídos a la apropiación por una clase, y ponerse en manos de la colectividad en vista del bien general. Bernard Shaw trabaja activa y fogosamente en las filas del socialismo, publica folletos y pronuncia discursos para esparcir sus ideas. Delegado por la agrupación socialista de Dublín, asiste al Congreso Internacional Socialista de 1806 y al frente de la citada Fabian Society va ensanchando su criterio socialista. Pero George Bernard Shaw no es el socialista que ve en un movimiento revolucionario la realización de sus ideas. Considera el socialismo como el mejor vehículo de la civilización, como el camino mejor trazado para que la sociedad llegue a un estado de perfeccionamiento. La civilización no es un tren que corre, sino un árbol que crece, ha dicho Letamendi. Es decir, que no es preciso una transformación de cambio de lugar, sino una elevación de planos. Por esto profesa un concepto evolucionista, un crecimiento de la constitución social antigua a una constitución de amplio sentido de nivelación. Del capital individualista, al comunista, hasta de la moral, rodeada de vedamientos egoístas, a una moral sincera que permita la libertad de instintos, en lo que él ve la máxima posibilidad transformadora del hombre. Y el objetivo de la vida es la misma, que cada vez se desarrolla lo más posible. El dramaturgo irlandés sostiene la teoría de que es preciso a la sociedad actual irse despojando de las viejas preocupaciones y de los viejos sistemas económicos, hasta llegar a un grado en que sea la tierra propiedad del trabajo, y la moral el resultado de la libertad de instintos. Mas todo ello conseguido de una manera evolucionista, porque implica una depuración intelectual, que es el sillar sobre el que podrá levantarse la nueva construcción social.

La violencia que se enciende de toda revolución no reza en los programas shawianos. El abomina de toda crueldad. Recordar cómo se enfureció frente a la guerra, cómo tronó contra su propia patria, acusándola hasta de egoísta por ir a pelear contra Alemania. (Véase el libro de Bernard Shaw, en que trata de la guerra y de la cuestión de Irlanda. Ha sido traducido — como todas sus obras — por D. Julio Broutá. Se titula "El porvenir del mundo". En este libro, como en los artículos que publicó en el "Daily Chronicle", fustiga a los políticos ingleses y expone sus ideas, encaminadas a sostener una estabilidad internacional, por aquel medio de sagacísima filosofía que expuso al príncipe Lichnowsky. Estudia las conferencias de la paz; la situación de Wilson y su influencia; la Liga de las Naciones, y cuantos problemas, en fin, afectan al porvenir del mundo).

Escritor que se preocupa, ante todo, Bernard Shaw es un dramaturgo rico en ideas filosóficas. En sus obras aparecen multitud de ideas que transforman la tésis de lo particular a lo general. Como Enrique Ibsen, con el que tanta afinidad tiene, busca las causas profundas que obran sobre los hombres, para reflejarlas en la escena. Entre todas sus ideas filosóficas hay dos que son los rieles sobre los que marchan las directrices que se tienden a lo largo de todo su teatro. Una de ellas le hace emparentarse con Schopenhauer. (La reproducción de la especie, que se vale de la ilusión del amor). La otra le aproxima a Ibsen. (La necesidad de libertad de los instintos para la perfección humana).

Bernard Shaw no es el sentimental que se deja llevar de lo aparente en el amor. El no olvida nunca que el fin de la relación sexual es la reproducción humana, el sostenimiento del tipo. Y por esta teoría, que es la de Schopenhauer, el dramaturgo irlandés establece en sus obras un pugilato entre hombres y mujeres, que no es sino el llamamiento del ser que está por nacer. Las ideas del filósofo alemán hallan eco en la dramática shawiana, apareciendo en casi todas sus obras, y en algunas como en "You never con tell" y en "Hombres y superhombres", son el eje mismo. Gloria y miss Valentine, en la primera, y Susana Ramsden y John Tanner, en la segunda, ponen de manifiesto el parentesco filosófico que tiene Bernard Shaw con Schopenhauer. Ambas mujeres acosan y persiguen al hombre con la implacable obstinación de la Naturaleza, con el inconsciente fin de asegurar la propagación de la especie. Valentine vacila entre el horror a la esclavitud y los instintos, que le atraen hacia la mujer; y John Tanner trata de escapar de Susana y huye en automóvil. De nada le vale. La especie saldrá victoriosa.

La otra idea fundamental de la filosofía de Bernard Shaw y que le aproxima a Enrique Ibsen, es la teoría de la libertad de los instintos para la transformación humana. Esto implica una cosa: la emancipación. Y ya tenemos al autor irlandés emparentado con el noruego. Ambos buscan una transformación del individuo — de la mujer, especialmente — por medio de la evolución de las ideas de moral que se desprenden de la falta de libertad de los instintos. (Aquí también, con el filósofo del "Fundamento de la Moral", revela el verdadero principio de la moral, propio de la naturaleza humana, que tiene su fundamento en la misma esencia de los instintos del individuo, desdeñando el imperativo categórico de la razón práctica que estableció Kant). Archibal Henderson, biógrafo de Shaw, ha escrito que para el autor de "Cándida", es una verdadera pasión proteger y defender al débil contra el fuerte. Habremos de entender que se trata de fuerza física? En ninguna manera. Lo que Bernard Shaw defiende es el individuo débil ante la vida por la posición que tiene en la legislación social. Y en tal sentido, quién más débil que la mujer?... Por esto Bernard Shaw trata de dotarla de una posición social más fuerte y, como Ibsen, aboga por su emancipación; y por eso también protege a los jóvenes — débiles ante los padres — y en "La profesión de Miss Warren's", en "No puede decirse nunca", en "El hombre amado por las mujeres", en "El héroe y el hombre", en "La otra isla de John Bull" y otras obras, fustiga a los viejos y da el triunfo a la juventud, como Ibsen alzó igual protesta en "El constructor Solness" y en "Espectros",

donde Osvaldo es la injusticia de la fuerza sobre el débil, la ley de la herencia fisiológica.

Estos dos ejes filosóficos son la columna vertebral de las obras dramáticas de este genial autor, del cual dijo el crítico del "Times", mister Grein al hacer la crítica de "The Man of Destiny": Cuando se escucha una obra de Shaw, podrá salirse del teatro perturbado por ideas extraordinarias, pero siempre con un bagaje de reflexiones. El hombre — un verdadero hombre de originalidad — penetra a través de cuanto dice, y con sólo un fragmento o una frase nos dice más, y nos estimula más intensamente a pensar, que pudiera hacerlo un centenar de obras de otros autores.

La Organización

(Por LUIS FABRI)

Romper otra lanza en favor de la organización, en línea general, no será inútil en estos momentos en que una injustificable manía de originalidad impulsa a tanta gente a sostener las cosas más absurdas, sembrando una confusión enorme en las ideas e imposibilitando todo trabajo ordenado y continuo de demolición y de reconstrucción.

Hubo una vez un filósofo griego, un sofista, que sostenía que nuestra existencia es una ilusión, y que todo lo que vemos no existe por sí, sino solamente en nuestro preconcepto y en nuestra fantasía. Dícese que uno no encontró argumento mejor para replicarle que propinar al sofista un soberbio bastonazo, a fin de convencerle de que el bastón y el brazo que lo enarboló tenían una existencia real. La historia y la leyenda no nos dicen si aquel argumento contundente persuadió al filósofo y si renunció a su originalidad.

Entre los fabricantes de teorías trascendentales de este siglo de decadencia, hay alguno semejante al filósofo griego, y es el que niega la utilidad y la necesidad de la organización en la vida y en la lucha social, poniendo una especie de contradicción entre fuerza y unión, entre libertad y asociación. Elevando a corolario indiscutible de no sé cuáles argumentaciones la paradoja ibseniana de que "el hombre aislado es el más fuerte", esta clase de filósofos olvidan el ejemplo infantil del mimbre, que se rompe fácilmente si es solo, pero que resiste inmentamente unido a otros; olvidan que precisamente el vivir en sociedad con otros es lo que nos permite la libertad de movernos e ir de un punto a otro del globo en poco tiempo, de vestirnos no ya a la moda de Adán, de comer un poco mejor que los salvajes, etc.

El argumento principal que se aduce contra la organización es el de la soberanía del individuo, que en la organización, según nuestros adversarios, estaría limitada. ¡Error! La asociación aumenta la soberanía individual, precisamente porque puede ofrecer al individuo una suma mayor de fuerza para vencer los obstáculos y para mejorar en todos los sentidos, lo cual no ocurriría al individuo solo. En el fondo, este sentimiento de la utilidad de estar unidos es lo que ha producido el espíritu de solidaridad, el cual, a su vez, desarrollado hasta el punto más ideal, ha engendrado el sentimiento de amor a los propios semejantes, y al que se da el nombre de altruísmo.

Pero he aquí que nuestros contradictores nos dicen.

"Nosotros no somos altruistas, el altruísmo no existe El hombre es egoísta, y de su "yo" derivan todas sus acciones y pensamientos; hasta cuando en apariencia pensamientos y acciones parecen altruístas".

Y en esto tienen perfectamente razón; su error consiste simplemente en sacar de esta afirmación consecuencias demasiado lejanas, que acaban hasta por ser demasiado contrarias a la vida, que está formada de relatividad y no de lógica absoluta. Cierto; el hombre que se quita el pan de la boca para darlo a su semejante hambriento, es también un egoísta, en cuanto que experimenta íntimamente, sacrificándose, una satisfacción mayor que si se lo comiera todo y no diera nada a otro. Y así en todos los sacrificios, aun en los más sublimes que la historia nos recuerda. Pero también es egoísmo el del explotador burgués que hace morir de hambre a sus obreros antes que privarse una sola noche de ir al teatro. Egoísmo es lo uno y lo otro, pero nadie negará que estos dos egoísmos son muy diferentes entre sí. Y en el lenguaje humano esta diferencia ha encontrado su expresión, bautizando la forma más noble del egoísmo con el nombre de altruísmo. Como se ve, es un altruísmo relativo, que de ningún modo significa la negación del "yo", antes al contrario, es su más completa aplicación moral y material.

Pues bien; esta afirmación justa de que para cada individuo el "yo" es el punto de partida, visible o inconsciente, de todo sentimiento, de todo pensamiento y de toda acción, puede conducir a la gente demasiado enamorada de la lógica a conclusiones fuera de la realidad, teórica y prácticamente. Teóricamente se acaba olvidando que si el "yo" es el punto de partida para el individuo de todo pensamiento, sentimiento y acción suyos, a su vez acción, sentimiento y pensamiento están determinados en el individuo por causas externas independientes de su voluntad; se acaba exaltando tanto la potencia de la voluntad, que se concluye que la voluntad existe por sí misma como causa, y que por lo tanto existe el libre albedrío. Para no tropezar en Scila, banco de arena del humanitarismo religioso, se naufraga en Caribdis, escollo de la religión espiritualista de la fe en una "causa causarum". Un ejemplo de esta lógica individualista extrema lo tenemos en Tolstoi, que predica que no es posible la regeneración humana sino con esta fe absoluta en la voluntad individual, y yo no sé, y esto importa poco a mi conclusión, si es la fe en Dios lo que ha conducido a Tolstoi a creer en la potencia absoluta de la voluntad individual, o si es esta creencia en la voluntad lo que llevóle a su deísmo, tan negador de la vida y de la acción. Cierto que, lógicamente, un concepto es consecuencia del otro.

Pero este peligro, digámoslo así, teórico, es poco temible, porque por muy amantes que seamos de la lógica, los más no se dejan arrastrar a ser conducidos de nuevo

por otro camino al punto del cual queremos estar lo más lejos posible. Solamente un hombre completamente fuera de la vida y de la realidad, como Tolstoi, podía llegar a tanto. En cambio, peores son, por sus consecuencias, las deducciones que del principio exagerado y absoluto del individualismo egoístico es el impulsor de todas nuestras acciones, que no hay nada fuera del derecho individual, se acaba buscando simplemente la propia comodidad personal y justificando acciones que de otro modo no se hamrían ejecutalo nunca; y por otra parte, aun admitiendo en teoría la solidaridad, se deja a un lado su práctica repudiando sus formas externas de manifestación en la vida y en la lucha.

* * *

A algunos, empero, que se llaman individualistas, les falta este sentido de relatividad. Negando el altruísmo, que de hecho no existe de modo absoluto, llegan éstos lógicamente a negar el espíritu de solidaridad y de asociación.

No hay nada tan peligroso, en cierto sentido, especialmente para los cerebros unilaterales, como subirse en el caballo de la lógica y echar a correr hasta que—dado un principio—no se han sacado todas las consecuencias. Y esto tanto más cuanto que a menudo de un solo principio se pueden sacar consecuencias absolutamente opuestas. Sucede a menudo que se construyen teorías más o menos justas en su punto de partida, y que después, andando por el camino de la lógica, conducen a un cierto punto donde no se creía ni quería llegar, especialmente cuando se galopa sobre el terreno de doctrinas abstractas, abandonando completamente el campo experimental de los hechos.

Esto sucede, en efecto, a muchos anarquistas individualistas de todos matices, desde el individualista stirneriano antisocialista al individualista comunista antiorganizador.

Con la guía de la lógica abstracta llegan estos compañeros a perder de vista el interés de la revolución, y por lo tanto a aislarse en la sociedad hasta el punto de no poder ejercer en ella ninguna influencia, lo que es lo mismo que condenar nuestra idea a quedar perennemente en el estado de utopía. Si pretendiendo en cualquier acto de la propaganda y de la acción revolucionaria la cohesión "absoluta" con el principio abstracto de la anarquía, o de la propia interpretación de este principio; si (y esta es la razón más verdadera) ante la dificultad innegable de obrar anárquicamente, se descarta toda forma de acción en que tal dificultad sea más fuerte, se acaba no haciendo nada o poquísimo, como Orígenes, que para mantenerse puro (o mejor, porque no tenía la fuerza para mantenerse tal) se cortó los órganos sexuales. Toda la acción anarquista acaba limitándose a la parte crítica de la obra ajena, a la propaganda teórica, a menudo caótica y llena de contradicciones, y algún que otro acto aislado de rebelión que, en la mejor de las hipótesis, tiene la desventaja de requerir precisamente un esfuerzo demasiado fuerte para realizarse, y por lo tanto poder ejercer una real y beneficiosa influencia sobre los acontecimientos. Por lo demás, por útil que pueda ser la propaganda teórica y la del hecho (y yo no niego esta utilidad), y si de ella hay necesidad, por otro lado ella sola no basta en su forma solamente individual. Para que la propaganda teórica sea más eficaz, es preciso que sea coordinada; para que el hecho sea útil, precisa que sea razonada y razonable.

Es verdad que un genio o un héroe hacen más propaganda o despliegan más energía que muchos mediocres. Pero el mundo está formado de mediocres, no de genios y de héroes; tanto mejor si el genio o el héroe surgen entre nosotros, pero entretanto nuestro deber, si queremos ser positivos y tener la seguridad de llagar al final, estriba en contar también, y sobre todo, con la acción continua e incansable de los más. Y estos más forman una fuerza solamente cuanto están unidos, y cada individuo forma y completa en la unión su conciencia y la afina. Y no olvidemos tampoco que los genios y los héroes pueden también equivocarse y que en este caso hacen más daño que los otros; sin contar que hay formas de actividad necesarias en que la obra de uno solo, por excepcional que sea, no es bastante y tiene necesidad de la cooperación de muchas, actividad a la que, a menudo, un genio o un héroe no sabe plegarse. La cooperación, la organización sobre la base de una idea y de un método ,aceptados libremente y que no excluyan otros que sean mejores y hasta que los presupongan, son métodos que varios anarquistas de tendencia individualista niegan; pero lo niegan sólo porque o de acuerdo con los partidarios del Estado no creen posible una organización sin autoridad, o no tienen el valor de afrontar la dificultad de comenzar a ser anarquistas organizándose anárquicamente y temen los primeros e inevitables fracasos.

Cuando el niño empieza a andar, cae; pero esta no es una razón suficiente para sostener que el caminar es nocivo y tiene por consecuencia romperse la cabeza. Los anarquistas que de la afirmación individualista llegan a la negación de la organización, piensan de este modo: "Puesto que en principio organizándose se puede caer, y ciertamente se caerá, en algún error e inconherencia, es de concluír que la misma organización es un error y una incoherencia".

Negando la organización se niega en el fondo la posibilidad de la vida social, y por lo tanto hasta de la vida en anarquía. Y no vale decir que se niega hoy solamente; negarla hoy significa arrebatar el medio de prepararla para mañana. Por lo demás, también en este terreno la lógica hace burlas pesadas. Así como se ha negado la organización obrera, no han faltado quienes han comenzado a negar la posibilidad futura, simplemente porque no saben concebir, por el mismo error de óptica, que mañana este común no será más que el complemento de las organizaciones libremente federadas, algo así como el "mir" patriarcal ruso, que podrá tener también sus asambleas de discusión cuando se trate de los intereses de la comunidad, pero que no tendrá carácter autoritario alguno de imposición burocrático actual con impuestos relativos, guardias municipales, guardabosques... y alcaldes de real orden.

* * *

Muchos individualistas—y cuando digo individualistas entiendo decir todos aquellos que son realmente tales, desde los secuaces de Stirner a los de Nietzsche—, aun negando la organización, declaran que no niegan la solidaridad.

Pero la solidaridad es un sentimiento que tiene necesidad de manifestarse continuamente para ser fautor de revolución en las conciencias y en los acontecimientos; es un licor lleno de fuerza y de aroma que tiene necesidad de un vaso que lo contenga para no derramarse por el suelo, para no hacer inútil y no dejar desvanecer su fuerza y su perfume. Este vaso, esta forma, esta aplicación de la solidaridad, es la organización anarquista, en que las conciencias no tan sólo no se deterioran, sino que cuando no están bien formadas se completan y cuando están formadas se afian. Organización no significa disminución del "yo", sino la posibilidad para éste, con ayuda de los demás, de alcanzar el máximo de sus satisfacciones; no significa compresión y violación del "egoísmo" natural de los individuos, sino su perfecta satisfacción, su ennoblecimiento, de modo que para provocar un goce en el individuo tenga necesidad, no del mal, sino del bien de los demás. Y puesto que semejante forma del egoísmo en el lenguaje común se llama "altruísmo", para distinguirla de la otra forma brutal que en la presente sociedad de amos y siervos, de gobernantes y súbditos, consiste en satisfacerse el propio individuo en detrimento de todos los demás, sin ningún criterio de proporción y de relatividad, saco en conclusión, sin tantas sutilezas filosóficas, que el "altruísmo" es algo positivo y concreto que se ha formado y existe en el hombre.

Existe entre nuestros adversarios una concordia unánime en presentar a los anarquistas como representantes del individualismo a todo trance contra cualquier concepto de sociedad, de asociación, de solidaridad. Leed todos los libros que curas, burgueses y socialistas autoritarios han escrito sobre la anarquía—desde Sernicoli a Plekanoff—y veréis como todos callan adrede la base socialística de la anarquía. Y en fuerza de oírselo decir a los enemigos, ha sucedido que algún amigo ha acabado por creerlo y renegado el concepto socialista de la anarquía. Es un grave error que arroja a los que eran ayer amigos nuestros a la otra orilla, transformándose en adversarios.

Parece una paradoja, y sin embargo, llegando el individualismo a una especie de deificación del individuo, exaltando la potencia de la voluntad individual, no hace otra cosa, sin darse cuenta, que volver al concepto metafísico del libre albedrío. Olvidando demasiado que las ne-

siones, las ideas y la voluntad de los hombres no son posibles sino en cuanto están determinadas por causas y entre estas causas una de las primera es la determinante social, se llega por otro camino a una concepción de la vida del todo anticientífica y mucho más parecida de lo que se cree a la concepción de los deístas y de los religiosos. Por miedo a la "Humanidad", de Comte, se retorna a la "Causa causarum", de Santo Tomás de Aquino, o si se quiere de otro modo, al Dios trascendental de Mazzini y de Tolstoi.

Podemos rebelarnos contra una mala organización de la sociedad, pero no contra la sociedad en sí misma, como alegan querer muchos individualistas. La sociedad no es un mito, no es una idea, no es un órgano preordenado y hecho por alguien y que pueda dejar de reconocerse e intentar destruirlo. No es tampoco, como los stirnerianos nos acusan de creerlo, un algo superior a los individuos, y a suyo algo es necesario sacrificar el propio "yo" como ante un fetiche. La sociedad es, simplemente, un hecho, del cual somos actores naturales, que existe en cuanto existimos nosotros y del cual formamos parte. La sociedad es el conjunto de los individuos vivientes, y cada individuo es a su vez tal cual lo forman las influencias externas, sin exclusión de las sociales. Todo esto es un hecho natural, coligado a la vida universal del cosmos. Rebelarse contra este hecho significaría rebelarse contra la vida, morir. Todo individuo existe en cuanto es fruto material, moral e intelectual de la unión de otros individuos: y no puede continuar viviendo, no puede ser libre, no puede desarrollarse físicamente sino a condición de vivir en sociedad.

La máxima satisfacción posible del propio "yo", el máximo bienestar material y moral, la máxima libertad, únicamente son posibles cuando el hombre está vinculado a otro hombre por el pacto del apoyo mutuo. Un hombre acorde con la sociedad es siempre más libre que el hombre en lucha con la sociedad. Y los socialistas anarquistas combaten la organización social actual, precisamente porque ésta impide que exista una sociedad relativamente útil a todos los individuos y hace que la sociedad entera no se rija sino sobre la lucha más encarnizada y feroz, con la explotación y la violencia prepotente del hombre sobre el hombre.

La organización que patrocinan los socialistas anarquistas no es, naturalmente, aquella autoritaria que va desde la Iglesia católica a la Iglesia marxista, sino al contrario, la organización anarquista, voluntaria, de las muchas unidades individuales asociadas en vista de un fin común y adoptando uno o más métodos creídos buenos y libremente aceptados por cada individuo. Claro que no es posible una organización semejante si los individuos que la componen no están habituados a la libertad y no se han desembarazado de los prejuicios autoritarios. Por otra parte, es necesario organizarse para ejercitarse a vivir libremente asociados, y negar la organización, solamente porque organizándose se puede caer en error (y ciertamente se caerá, por lo menos al principio), es lo mismo—y repito la similitud susodicha—que sostener que es nocivo andar porque siempre tiene por consecuencia romperse la cabeza, solamente porque el hombre cuando niño cae muy a menudo y suele hacerse daño.

* * *

Muchos objetan que son adversarios de la organización solamente en la sociedad actual, porque la creen imposible en sentido verdaderamente anarquista antes de la revolución. Olvidan que la revolución no vendrá por sí misma, caída como un maná del cielo, por virtud de las trompetas de Jericó de la propaganda teórica, y tampoco por el estruendo de una bomba aislada. Olvidan que después de la revolución no florecerá la anarquía por sí misma como un hongo, si no encuentra organismos aptos que respondan a la necesidad de la cida social y puedan sustituirse a los viejos organismos derribados, y hasta puede darse que por carencia de organismos anarquistas la necesidad de vivir sugiera a los hombres la readopción de los autoritarios.

Pero sobre todo olvidan estos enemigos de la organización—y a menudo lo olvidan hasta sus partidarios—considerar la cuestión desde el punto de vista de la preparación revolucionaria.

Claro está que los que se han metido en la cabeza que las revoluciones no las hacen los hombres, sino que se producen naturalmente, como los cataclismos y los terremotos, pueden muy bien ser contrarios a toda organización y contentarse con la propaganda verbal y escrita y de algún que otro bello gesto aislado cada dos o tres años. Archisabido es que las ideas caminan con las piernas de los hombres, que las revoluciones las engendra el pensamiento de éstos y que las hacen sus brazos, además de ser provocadas por factores sociales económicos que se han vuelto inevitables por la concatenación de efectos, y cuyas causas se remontan a tiempos de mucho anteriores a nosotros.

Una revolución artificial hecha a beneficio de un solo partido o de una clase estaría, por otra parte, inevitablemente condenada a fracasar si no arraigase en intereses mucho más generales y no presupusiere condiciones de ambiente favorables a un cambio cuya necesidad se dejare sentir universalmente.

Sabido es que la cuestión social asume presentemente el aspecto casi exclusivo de problema obrera, y a este problema obrero hay que dedicar todas las fuerzas para transformarlo en palanca que levante verdaderamente el mundo, procurando no desviarse por las callejuelas de la política, del intelectualismo y del deporte revolucionario y libertario. Esto no quita que la cuestión obrera, para resolverla, y para resolver al mismo tiempo integralmente el problema del pan y de la libertad y no naufragar miserablemente en el egoísmo de clase que produce el reformismo, no deba ser considerada en su sentido más amplio posible.

Es necesario enseñar que de la emancipación del proletariado y del monopolwio capitalista depende también la resolución de la libertad individual del hombre y de todos los problemas de índole moral que gravan y oprimen la conciencia contemporánea.

Es necesario también que los interesados en este cambio, los proletarios, tengan conciencia de sus propios derechos, de las propias necesidades y de la fuerza que tienen en sus manos, si es que quieren utilizarla. Para que haya condiciones de ambiente favorables a una revolución, es necesario que los trabajadores "sientan" el malestar enorme en que viven y no se resignen como musulmanes; es necesario asimismo que tengan una visión relativamente clara del remedio al mal que están sufriendo, y sobre todo, un preciso y claro entendimiento de cómo puede destruirse y derribarse el actual estado de cosas. Ante todo, debemos estar muy atentos a formar esta conciencia en el proletariado ,y el medio más eficaz es la propaganda, es el ejercicio continuo de la lucha contra el capital y el Estado.

Pero los medios para derribar al capital y al Estado también es necesario prepararlos, y aquí es donde surge la necesidad de la organización revolucionaria, puesto que el medio principal y más importante es la unión, no caótica, a saltos, local y confusa, sino continua y continuada en el tiempo y en el espacio.,

Aquellos que no pueden sufrir el lazo moral que resulta del empeño de ayudarse recíprocamente en un objeto dado, dirán que esto menoscaba su autonomía individual. Es posible, pero libertad y autonomía absolutas son conceptos abstractos; nosotros debemos estar atentos a los hechos, a lo que realmente queremos y podemos obtener de esta autonmía y libertad. La autoridad, contra la cual combatimos, del sacerdote, del patrono y del guardia civil, bien merece que, para que podamos desembarazarnos de ella, hagamos un poco de sacrificio voluntario de nuestra soberbia individual y que trabajemos con otros para libertarnos de la prepotencia burguesa y del Estado, y que trabajemos hasta con aquellos que no tienen nuestra fuerza y nuestra conciencia, tal como nos la hemos formado.

No sé si llegará día que la humanidad consiga ser un conjunto de individuos tan libres uno de otro que no tengan que depender recíprocamente de modo alguno, ni por intereses materiales ni moralmente. Cieto que el objetivo de la revolución social y anarquista que se anuncia, y cuyo advenimiento deseamos, no consistirá por ahora sino en que el proletariado se emancipe del privilegio y del monopolio capitalista, y todos los individuos de la autoridad violenta y coactiva del hombre sobre el hombre.

Para conseguir esto tenemos que luchar contra fuerzas formidables: la coalición de los patronos, apoyada por los curas, la burocracia, el ejército, la magistratura y la policía. Y para combatir contra todo esto, para destruir todas estas ruedas sangrientas y triturantes del engranaje capitalista y autoritario, bien vale que los obreros oprimidos se unan en un mutuo pacto solitario y que acepten voluntariamente, por más que nos pesen los lazos morales, una disciplina moral.

No basta que los hombres sean conscientes de sus derechos y necesidades y sepan cuál es el medio para reivindicarlos; es necesario asimismo que se coloquen en grado de actuar estos medios de reivindicación.

Y en este sentido, la voluntad de los revolucionarios tiene su máxima importancia. Una revolución de inconscientes puede ser poco menos que inútil; pero ciertamente es también inútil la conciencia, en la colectividad y en los individuos, de las propias necesidades y derechos, si no se tiene la fuerza de voluntad para obrar y poner en práctica lo que se ha comprendido en teoría. He aquí por qué es necesario unirse y organizarse para discutir primero y luego reunir los medios para la revolución, y en fin, para formar un todo orgánico que, armado con sus medios y fuerte unión, pueda, cuando el momento histórico suene su hora, arrojar del mundo todas las aberraciones y las tiranías de la religión, del capital y del Estado.

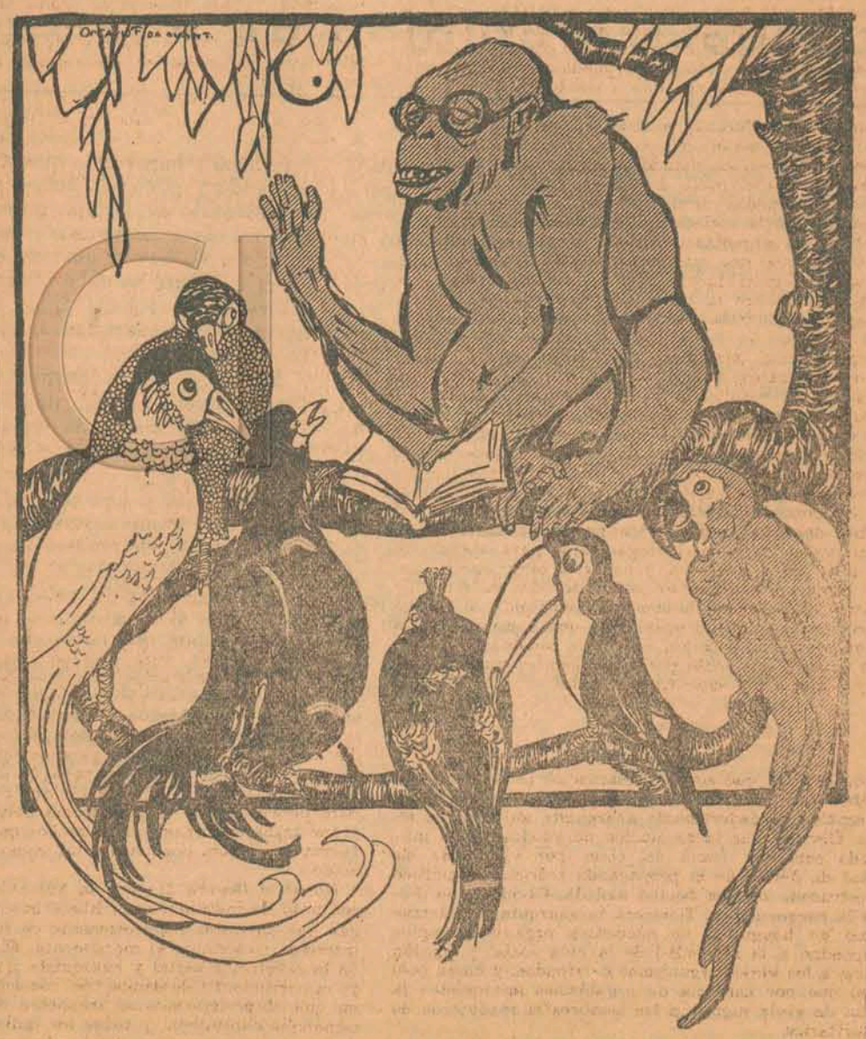
* * *

Todo lo que hemos dicho en favor de la organización vale, naturalmente, en cuanto se presupone que esta organización se componga de individuos deseosos de obrar.

En efecto, pensamos que la organización más bella y perfecta está destinada a morir si sus componentes, tan doctos como se quiera en teoría, permanecen inertes. La bondad de la organización consiste precisamente en esto: que, "en igualdad de condiciones", es decir, dado un cierto número de personas convencidas y decididas a la acción, es mejor que éstas estén organizadas que desorganizadas. Mientras es natural que valga más un individuo aislado que obre que mil personas ineptas e inertes organizadas.

La Fábula Social

Aparecerá el 10 del corriente



LA REVISTA DE SATIRA M M

Se venderá al precio de diez ctvs.

Una proclama del Centro Cultural "Nuevos Caminos"

Frente a la realidad, nos convencemos de que vivimos en una época de Revolución y Comunismo.

Nuestra opinión de anarquistas

El anarquismo en la República Argentina tiene una historia que no posee ninguna agrupación política aún aquellas denominadas obreras y rojas. Heroísmo, claridad en sus actuaciones, hombres, la obra realizada ya sea como simple factor de cultura o como insuperable factor de revolución, es el precioso material que contiene las rojas y brillantes páginas de su historia.

Las primeras luchas, cuando los obreros eran aún bizoños en la guerra de clases sindicalmente librada, fueron eminentemente anárquicas, sostenidas por Comunistas Anárquicos. Y al aparecer en el escenario de las luchas sociales el partido político — calificado interesadamente de partido de clase — con propósitos obscuramente enunciados, pero no tanto que no se pudiera ver sus egoísmos puramente electorales, fueron los Comunistas Anárquicos los que salieron a su encuentro y con razones, valentía y también elocuencia, levantaron a la más alta de las cúspides filosóficas, la nuestra, la Anárquica. Después de ello, fueron inútiles todas las intentonas de los sedicentes socialistas para recobrar el prestigio en las masas obreras y entrar como dirigentes en los organismos sindicales. Por el contrario, su total desprestigio, semi-bancarrota, no solamente llevó a los Comunistas Anárquicos a ocupar su merecido puesto en las organizaciones obreras, sino que también sirvió para llamar a la realidad a algunos compañeros que seguían amando a Tuker y escribiendo madrigales a Stirnor o Nieztche. Más tarde fueron también los Comunistas Anárquicos quienes opusieron en el terreno sindical, una valla al torrente de reformismo y burocracia que se desbordaba invadiendo y poniendo en peligro la salud revolucionaria del campo gremial. Aunque en muchos casos nuestros compañeros no hayan sabido o no hayan querido comprender que en el sindicato se debe obrar en forma muy diferente de aquella como obramos en las agrupaciones anarquistas, fueron no obstante eso, utilísimos.

Es, pues, el anarquismo en el país, una fuerza revolucionaria, una fracción respetaóle, una vastísima y beligerante oposición.

Contemplémenos hoy. Hagamos un prolijo y frío examen de nosotros mismos. Es un deber impuesto y una necesidad sentida. Sólo los que se crean figura o grupo decorativo en la gran lid de tendencias y filosofías, pueden quedar indiferentes. La indiferencia significa muerte. Y la vida, que es lucha, nos llama con voz potente.

La simple discusión teórica, provocada también por exclusivas teorías, nos llevó a ciertos conatos de división y desorientación. Decimos conatos porque inmediatamente nos hemos reecho y puesto de acuerdo. Pero, hoy la situación es diferente. Discutimos hechos. Teorías y métodos derivados de la gran e irrebatible lógica de los hechos. Así como ciertos descubrimientos produjeron una verdadera batalla verbal y escrita entre los sabios del siglo XVIII, así hoy, hechos admirables y únicos en la historia humana, provocan lógicamente una seria discusión sobre los más hondos y complejos problemas sociales.

La Revolución Rusa ha tenido la virtud de conmover a todo el mundo burgués en sus más sólidos cimientos. El capitalismo mundial, tuvo que pasar revista a las ya viejas cariatides que sostienen su régimen para evitar su fatal desastre. Las mismas teorías de los hombres que dirigen el carro de tan colosal revolución, tuvieron que ser modificadas, pulidas, adaptadas a la época. No debemos caer en el malísimo error de que por defender una determinada doctrina, nos transformamos involuntariamente en adoradores del Dios "Dogma". Y así eso tuvo que pasar en estos sectores, en todos los sectores, por qué no vamos a admitir que pase también en el nuestro? ¿Por qué negarse a que el anarquismo, nuestros métodos, planes para la prerevolución, recursos que debemos de usar en la post-revolución, el difícil problema económico, ya sea en el consumo como en la producción, transportes, educación, defensa, etc., etc., sufra una revisión, una prolija y bien meditada revisión? Si nosotros no tenemos ni un concreto programa que podamos utilizarlo para que nos sirva de orientación indispensable para obrar en los momentos en que la revolución clama labor, inteligencia, recursos, habilidad, para reconstruir lo que en ella destruyó! Y bien, compañeros, nosotros os afirmamos de que Lenin ha salvado al marxismo de la fosa. Si el anarquismo tuviera un hombre de autoridad y respeto que produjera un libro conteniendo una seria revisación de todo nuestro bagaje doctrinario, cuántas polémicas se evitarían y con cuánta más seguridad podríamos combatir al enemigo!

No nos debemos, pues, extrañar de la división que se opera en nuestro campo. La dictadura del proletariado es, indiscutiblemente, la causa capital de todas las discusiones. Creemos que los compañeros que fanáticamente combaten la dictadura del proletariado, van por muy mal camino. Lo mismo aquellos otros compañeros que se obstinan en aceptarla tal cual dimana de Rusia. Rusia nos enseña. Pero si en este caso la tomamos por maestra no debemos repetir y copiar sus cosas, sino obrar como buenos e inteligentes discípulos: "obrar superando". Nosotros creemos que no está en contrasentido con el anarquismo la aplicación de la dictadura del proletariado. Contrariamente a lo sostenido por muchos compañeros, ella viene a salvar la revolución y servir de apoyo a la materialización de nuestros conceptos anárquicos y comunistas. El sólo hecho de apelar a la revolución, la justifica. La dictadura del proletariado es lógica; implica la anulación de la clase burguesa y pequeño-burguesa, evitando que ella imponga a la revolución sus orientaciones capitalistas. Nosotros decíamos, más arriba, no queremos copiar a Rusia. En Rusia existe una dictadura de partido y esa no la aceptamos. Quizás en Rusia tenga razón de ser; no la queremos discutir. Solamente sabemos que en este país es inaplicable y que debemos luchar abiertamente contra quienes pretendan tal cosa.

Aceptamos la dictadura del proletariado interin lo considere necesario el proletariado mismo. La dictadura que nosotros admitimos y consideramos indispensable, será ejercida por los sindicatos obreros que después de la revolución deben pasar a ser órganos funcionales de la Nación Comunista.

En esta forma, tendríamos una copia, muy superada se entiende, de nuestras actuales federaciones regionales. Sólo con la imposición de la voluntad proletaria, se podrá salvar a la revolución de sus enemigos internos y externos.

Otro de los problemas que indiscutiblemente interesa a las Comunistas Anárquicos, es el de la Unión Obrera. Las discusiones que entre nosotros provoca, indica claramente que hay una fuerza dinámica en el orden sindical, a quien interesa seriamente su realización. Lo único lamentable es que tan armonioso como trascendental problema, sea móvil de división en el sector comunista anárquico. Ello indica que no hay la serenidad indispensable para abordarlo.

Todo comunista anárquico inteligente — porque este problema es también un problema de inteligencia — debe defender la unificación obrera interpretando que ella viene a robustecer y a facilitar la difusión de nuestros caros ideales.

En el orden sindical, no hay más que un objetivo común: defenderse y atacar en sus cimientos al capitalismo y al Estado. Con él comulgan todos los explotados. A nosotros no nos interesa, no nos debe interesar, que los componentes de un sindicato sean católicos o ateos, sindicalistas o anarquistas, en nosotros está convencer al católico y saturar con nuestro concepto libertario al sindicalista. Por lo mismo, no podemos combatir la unificación de los trabajadores ya que ella nos da lugar — como obreros organizados que somos — a difundir nuestro ideal anárquico entre un número más crecido de proletarios y de sindicatos. Los compañeros que iniciaran sus ataques contra la unificación, emprendieron la marcha por un camino suicida. Nosotros no titubeamos en declararnos fervientes y animosos partidarios de la unificación obrera. Aceptamos, sin reserva alguna, lo acordado en los Congresos Provincial de Santa Fe y San Juan. Queremos la unidad sobre bases antipolíticas, anti-estatales y revolucionarias. Además la F. O. R. A. Comunista, la del XI y los autónomos, deben comprometerse a acatar la soberanía del con-

greso de unidad, siempre que sus acuerdos estén en consonancia con nuestro criterio antipolítico y revolucionario.

Exhortamos, pues, a los comunistas anárquicos que vivan la realidad y quieran la revolución, a trabajar activamente por la pronta conjunción de las fuerzas sindicales y revolucionarias de la república para poder oponerlas a las fuerzas regresivas y acelerar con ellas el advenimiento de una sociedad mejor. No solamente nosotros, los anárquicos de la Argentina, somos partidarios de la unidad obrera y revolucionaria. Lo son los compañeros italianos militantes de la Unión Sindical Italiana; lo es el mismo camarada Malatesta, anarquista de temple y de prestigio mundial; lo son los camaradas franceses; los uruguayos; los holandeses; los industriales del mundo y algunos países más.

Es que la unidad para la revolución se transformó en tesis universal. Y es que obcecándonos en combatir la unidad, podríamos resultar a los ojos del mundo proletario, enemigos de la revolución y agentes indirectos del capitalismo.

La situación internacional.

El mundo es una inmensa y vivísima hoguera. Desde uno a otro punto del globo, enormes contingentes proletarios se esfuerzan por derrumbar este régimen inicuo. La ola de fuego salió de Moscú, rodó por las montañas del Cáucaso, entró en el occidente de Europa y amenaza al mundo. Nosotros no podemos quedarnos con los brazos cruzados frente a tan magno acontecimiento.

Nuestra labor en el país debe tender a unirnos y consolidarnos para participar seriamente en el gran congreso internacional de anarquistas. Por ahora, e interin sigamos así, no estamos en condiciones para ello.

En el orden internacional, lo que más nos interesa por ahora, es la situación de las sindicales internacionales y a la vez la nuestra frente a ellas. Detestamos a la Federación Sindical de Amsterdam. La sabemos reformista, colaboracionista; traidora a los más severos principios de la lucha de clases.

La única institución sindical que nos merece respeto, es la sindical roja, cuyo congreso inaugural se celebró hace poco en Moscú. No hay aún informes fidedignos sobre sus acuerdos. Los esperamos pronto.

Se dice que sus acuerdos son revolucionarios y que su supeditación a la tercera, fué rechazada casi por unanimidad. Que únicamente en casos necesarios, trabajarían al unísono. Si es así, aceptamos sin reservas la sindical roja. Si por el contrario quedó supeditada a la internacional política y sus bases son políticas, sostenemos la autonomía en el orden internacional.

Nosotros frente al partido Comunista de la Argentina.

Lo declaramos sinceramente: nos merece admiración el partido Comunista de Rusia y de otros países. El de la Argentina, por el contrario, nos merece nuestro más franco repudio. Es una fracción desprendida del viejo partido socialista archi-conocido por traidor y conservador en las luchas sociales y de clase. Los componentes de la nueva entidad política — salvo un número de jóvenes y de obreros que no creen en el parlamento — y en particular sus dirigentes, tienen manifiestos propósitos electorales. Por algo y con marcado acierto los hemos bautizado "Comunistas electorales, o falsos comunistas, que es lo mismo.

Ellos pretenden ayudar a Rusia con un mediocre concejal en el Concejo Deliberante y con — si los tontos aumentan — algún diputado en la Cámara.

Nosotros creemos que los revolucionarios sanos que equivocadamente militan en esa fracción electoral, deben retroceder en el camino recorrido y levantar alto el lábaro del antipolitiquismo para ayudar de verdad a Rusia. El parlamento es una institución burguesa y por ende, sólo los burgueses tendrán cabida en ella. O, parodiando a Lenin, piensan nuestros flamantes comunistas electorales, después de fracasados como revolucionarios, triunfar como buenos burgueses en el parlamento? Todo es posible en gentes que se tornan sospechosas por su afán en acaparar y erigirse en únicos propietarios del color rojo, cuando hace muy poco tiempo vestían amarillo.

Nuestro repudio a los parlamentarios, por más rojo que se pinten, lo justifica la elocuencia de los hechos.

La Doctrina del Campesino Argentino

ESTÁ EN VENTA

Precio $ 0.20. -- 100 ejemplares a paqueteros, $ 14.00

Pedidos a CASILLA CORREO 940

EL OBRERO GRÁFICO
CALLE BRANDZEN 965
BUENOS AIRES

"EL TRABAJO"

DIARIO DE LA MAÑANA

Apareció el 5 en Buenos Aires

Un diario genuinamente proletario, ampliamente informativo, novedoso, cultamente escrito, eso será EL TRABAJO

CONTENDRA, ENTRE OTRAS SECCIONES:

Actualidades, Notas gráficas, Reportajes interesantes, Estudios de organización agraria, Orientaciones del magisterio, Tópicos estudiantiles, Doctrinarias, Feminismo, Sindicalismo, Colaboraciones.

Haga de EL TRABAJO su hoja predilecta de lectura. El triunfo de los ideales nuevos será acelerado con la ayuda de la buena prensa.

Precios de subscripción

CAPITAL e INTERIOR		EXTERIOR	
Un mes	$ 2.—	Trimestre	$ 5.— oro
Trimestre	6.—	Semestre	6.— »
Semestre	» 12.—	Año	» 12.— »
Año	» 20.—		

Número suelto: DIEZ centavos

Administrador de EL TRABAJO,

Rincón 369, Buenos Aires

Remítame el diario en calidad de suscriptor, para cuyo efecto adjunto la cantidad de $ correspondiente a de suscripción.

Nombre

Pueblo F. C

Provincia de

NOTA. -- Haga el bien de escribir clara la dirección.

CEDINCI